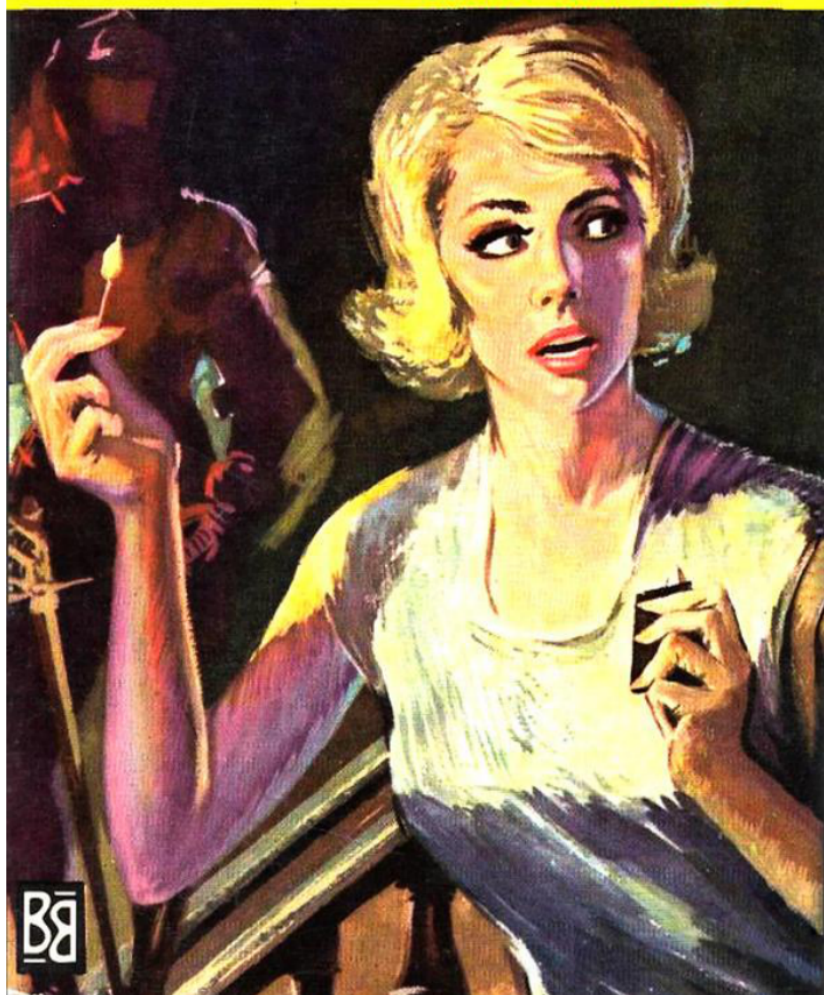


PUNTO
ROJO

icamina, fantasma!

clark carrados



BB

CAMINA, FANTASMA



CLARK CARRADOS

CAMINA, FANTASMA

Colección
PUNTO ROJO n.º 134
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPÓSITO LEGAL B 27.033 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: NOVIEMBRE - 1964

© CLARK CARRADOS - 1964

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JAIME PROVENSAL - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en Imprenta Jesús Muñoz - Ronda de la Vía, 55
Hospitalet de Llobregat (Barcelona) - 1964

N. R. 5326/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

868 — Flecha mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

736 — Objetivo: Un millón.

En Colección BUFALO:

567 — El hombre de la "Wells and Fargo"

En Colección CALIFORNIA:

422 — Aguas de muerte.

En Colección COLORADO:

363 — Una estrella sin mancha.

En Colección KANSAS:

330 — Signo \$ ¡ Muerte!

En Colección BRAVO OESTE:

199 — El fuego de la venganza.

En Colección PUNTO ROJO:

130 — El heredero.

En Colección TEXAS:

444 — El país de los tiros.

En Colección SELECCION SERVICIO SECRETO:

107 — Pupila azul.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

21 — En el fin del mundo.

En Colección ASES DE OESTE:

274 — Muerte de un valiente.

PRÓLOGO

Con gestos rápidos y resueltos, Arthur, conde de Mac Gyll, terminó de remachar a martillazos la argolla que ceñía el tobillo izquierdo del hombre que yacía en el suelo, inconsciente. El metálico eco de los golpes de la herramienta se extinguió rápidamente.

Una segunda argolla, similar a aquélla, ceñía el otro tobillo. Ambas estaban unidas entre sí por una cadena de diez sólidos eslabones, cuyo hierro tenía el grosor de un dedo pulgar, y del centro de la cadena partía otra cuyo último eslabón estaba unido a una indestructible argolla empotrada en la pared de espesa mampostería.

Arthur lanzó lejos de sí el ya inútil martillo. Poniéndose en pie, cruzó los brazos y esperó.

El prisionero tardó algunos momentos en recobrar el conocimiento. Cuando, al fin, volvió a la vida, se encontró sujetó de una forma que no hubiera sabido sospechar jamás.

—Has sido tú —dije con voz acusadora.

Arthur, conde de Mac Gyll, no pestañeó siquiera.

—Te lo prometí, Bevis. No lo juré, porque no soy aficionado a jurar; me basta con afirmar una cosa para cumplirla, aunque en el empeño me deje la vida. Pero te advertí lo que haría si persistías en tu actitud, y lo he cumplido. Te quedarás aquí y morirás, de hambre y sed.

Hizo una pausa y señaló el estrecho ventanuco, apenas mayor que una mano, que había en la estancia, a tres metros sobre el suelo, por el cual penetraba una débil claridad en aquellos Instantes.

—Nadie oirá tus gritos, conde de Squathmore. Pedirás socorro en vano; te agotarás chillando, en pos de una clemencia que nadie te concederá, por la sencilla razón de que nadie escuchará tus

lamentos. Aquí permanecerás hasta el fin del mundo, como castigo a tu villanía.

El preso no se inmutó. Sentado en el suelo, miró a su inhumano carcelero.

—Si hubieras querido atender a razones —dijo—, habrías encontrado inmediatamente al culpable de todo, al hombre de lengua hendida como la de las serpientes, al hombre que presenta a los amigos una cara por delante y a sus espaldas les hunde un puñal entre las costillas. Tú sabes bien a quién me refiero, conde de Mac Gyll; y ese miserable, Olivier Mac Crobbs, es el culpable de todos los delitos que a mí me achacas sin razón alguna.

—¡Mientes! —gritó Arthur, lívido, descompuesto por la ira que le devoraba—. ¡Fuiste tú, Bevis, tú, el causante de mi deshonor...!

—¡Calla! —le reprochó el prisionero—. No manches tus labios con una infamia. A Dios pongo por testigo de que *lady* Mac Gyll es la dama más pura y honrada que existe bajo la capa del cielo. Ese inmundo sapo que es vuestro primo Oliver te ha llenado la cabeza de mil disparatadas ideas, que han culminado...

—No quiero oírte hablar una sola palabra más —cortó Arthur, despidiendo fuego por los ojos—. Cuando menos, debieras ser lo suficientemente valeroso para reconocer tus culpas. ¿O es que tu valor sólo era visible en los torneos caballerescos?

Bevis, conde de Squathmore, miró a su enemigo y meneó la cabeza.

—El odio y la sinrazón te ciegan —dijo—. Quiera Dios perdonarte este inicuo crimen que cometes, a sabiendas de que es una terrible injusticia.

—Será mejor que acabemos de una vez, Bevis. Voy a irme. Te quedarás aquí. Morirás de hambre y sed, y nadie te oirá. Ésta es una estancia secreta, y yo me encargaré de que ninguna persona sepa hallar jamás su entrada. Antes de morir, habrás tenido tiempo de recapacitar sobradamente y arrepentirte de los pecados cometidos. ¡Adiós!

Arthur se dirigió hacia la puerta, pero la voz de Bevis le detuvo apenas había dado dos pasos.

—¡Espera! —gritó imperativamente—. Tengo derecho a hablar por última vez.

Arthur se volvió lentamente hacia el cautivo.

—Cuando hayas acabado, saldré de aquí. ¿Qué deseas decirme?

—Sólo una cosa. Voy a morir, y no te suplicaré por mi vida. Pero tú, un día u otro, morirás también. Ese día descansará tu cuerpo, pero no tu alma. Tu alma —siguió el condenado—, vagará por los rincones de este castillo, hasta que un descendiente mío haya juzgado que ha llegado para ella el tiempo del descanso eterno, porque sepa abrir su corazón al perdón. Mientras tanto, purgarás tu crimen errando continuamente por las estancias de esta casa donde antes reinó el amor y ahora sólo el odio y el rencor son los dueños. Puedes irte, Arthur, conde de Mac Gyll, porque, aunque todavía de carne y hueso, ya eres un fantasma que vive por la providencia de Dios. ¡Camina, fantasma, camina!

Arthur se tambaleó, amedrentado por la maldición que acababa de lanzarle el prisionero. Por un momento, la superstición y el temor aparecieron juntamente a sus ojos.

Pero no tardó en rehacerse.

—¡Los fantasmas no existen! —aulló. Y salió, cerrando de golpe la puerta de gruesos tablones de roble, reforzados con enormes clavos de hierro. El golpe hizo vibrar ligeramente las paredes, pese a su reciedumbre.

Desde aquel día, transcurrieron cinco siglos.

CAPÍTULO PRIMERO

Daphne Mac Gyll estaba muy preocupada.

Su lindo rostro aparecía cubierto de sombras. Tenía un libro delante de sí, pero sus ojos contemplaban sin ver las páginas impresas. Su mente estaba muy alejada del lugar en que se hallaba.

Daphne Mac Gyll era una atractiva muchacha de cabellos castaños, ojos grises y esbelta figura, de unos veintitrés años de edad, que estaba terminando sus estudios para obtener el grado de licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Edimburgo. En aquellos momentos se hallaba en la biblioteca de la Universidad, a la que había acudido para consultar un libro sobre un tema que debía desarrollar en un ejercicio que le había sido encomendado por uno de sus profesores.

De pronto, cerró el libro y se puso en pie. Con paso ligero y elástico, aunque procurando no hacer el menor ruido, en atención a los numerosos lectores que había en el vasto salón, se encaminó hacia un rincón del mismo, donde se hallaba el bibliotecario de turno.

Éste alzó los ojos al sentir cerca de sí la presencia de la muchacha. Inmediatamente se puso en pie.

—Señorita Mac Gyll —dijo sonriendo.

—Hola, profesor —contestó ella. También sonreía, pero su sonrisa estaba impregnada de una tristeza que no podía ocultar—. Le devuelvo el libro.

Bevis Syler, profesor de lenguas y bibliotecario auxiliar de la Universidad, hizo un gesto de extrañeza.

—Señorita Mac Gyll, si apenas hace diez minutos que me lo pidió.

—Lo siento, profesor. Tengo que marcharme.

—Está bien —contestó Syler—. No puedo oponerme a su decisión, claro está, pero... Perdone mi curiosidad, señorita Mac

Gyll; es posible que me llame indiscreto, pero hace unos días que vengo observando en usted síntomas de preocupación. ¿Le ocurre algo? ¿Puedo serle útil en alguna cosa? Si es así, no dude en acudir a mí con toda confianza, se lo ruego.

Daphne esbozó una leve sonrisa.

—Son..., son cosas personales, profesor. Creo que tendré que abandonar mis estudios antes de tiempo.

—¡Caramba!

La exclamación se le escapó a Syler de tal forma, que algunos de los lectores levantaron la cabeza, asombrados de que quien más obligado estaba a ello quebrantase el augusto silencio que reinaba en el salón. Syler era un hombre joven y, en algunos aspectos, todavía un muchacho, por lo que no pudo por menos que sonrojarse fuertemente.

—Me parece que he cometido una incorrección —se acusó, volviendo al tono comedido del principio—. ¿Es cierto que abandonará sus estudios, señorita?

—Creo que sí. De momento, debo volver inmediatamente a mi casa.

—¿Alguna desgracia familiar?

—No, profesor. Son..., asuntos personales.

—Perdóneme —rogó él—. Sigo con mi curiosidad de costumbre. Si mal no recuerdo, usted reside en «Lannegar Castle»...

—En efecto, profesor.

La mirada del joven vagó unos instantes por la sala.

—Un castillo con una curiosa leyenda —dijo—. La del hombre que encerró a su rival en una estancia secreta, dejándole morir allí de hambre y sed, hace unos quinientos años... El condenado lanzó una maldición, asegurando que el alma de su matador vagaría hasta que un descendiente suyo —del condenado, me refiero—, juzgase oportuno perdonarle. ¿No es cierto, señorita Mac Gyll?

Daphne se ruborizó un tanto.

—En aquella época, los escoceses tenían costumbres un poco... digamos irritantes. Sí, fue un antepasado mío el que cometió semejante barbaridad. Arthur, cuarto conde de Mac Gyll. El condenado fue Bevis, tercer conde de Squathmore.

—Curioso. Me llamo igual que el conde de Squathmore —observó el joven, sonriendo.

—Pero sólo de nombre —contestó ella—. La rama de los Squathmore se extinguió cuando el último conde, el que hacía el número dieciocho, murió hace unos veinticinco años sin descendencia.

—Lo cual supone, de creer en la maldición, que el alma del conde de Mac Gyll seguirá vagando eternamente por el castillo, ya que no queda ningún Squathmore para perdonarlo.

—Así es..., siempre según la leyenda —sonrió ella—. De todas formas, no es más que eso, una simple leyenda, transmitida por tradición oral.

—¿Ha visto usted alguna vez el fantasma de su antepasado?

—Oh, no; ni creo en él. El cuarto conde de Mac Gyll fue enterrado y su alma... Bien, Dios la juzgó a su debido tiempo. —Daphne extendió su mano derecha—. Profesor, para mí ha sido un inmenso placer aprovecharme de sus enseñanzas. No sé cuándo volveremos a vernos..., pero si un día quiere ir a «Lannegar Castle» y pasar una temporada con nosotros, será siempre bien recibido. En los archivos del castillo hay una serie de documentos antiguos, a los cuales quizá le agradase a usted echar un vistazo.

—Acaso —convino él con amplia sonrisa—. Deseo que todos sus problemas se solucionen satisfactoriamente, señorita Mac Gyll.

—Adiós, profesor.

La muchacha dio media vuelta y se alejó. Bevis la contempló irse en silencio, admirando la esbeltez de su figura y la gracia innata de sus movimientos.

«Una chica así me haría falta para salir de éste todavía agradable estado de soltería. Pero ella... es rica y noble, y aunque esto último hoy no tiene la menor importancia, el dinero sí es un valladar insalvable. Suponiendo, claro está, que llegase a impresionarla favorablemente», pensó.

Sentóse nuevamente en su sitio. En los momentos que le dejaban libres los lectores que pedían o devolvían volúmenes, se dedicó a husmear en el fichero catálogo de la biblioteca.

Al cabo de un buen rato, extrajo dos fichas, correspondientes a sendos libros. Uno de ellos era «Historia de los Castillos de Escocia».

Aquella noche —y durante algunas, más—. Bevis Syler permaneció largas horas consultando las páginas de los libros que había escogido para su propio uso.

Un oscuro presentimiento, acaso un indefinible impulso de su subconsciente, que no hubiera sabido a qué causa achacar, Llevó a Bevis Syler a pasar sus vacaciones en el noroeste de Escocia.

El verano en Escocia, cuando luce el sol, es maravilloso. Y Bevis tuvo la buena fortuna de llegar con un tiempo esplendoroso. Apenas alguna que otra nube, de blanco color, con hinchazones de pechos de mujer joven, se deslizaba plácidamente por el cielo, de un azul purísimo. Las colinas y los montes, cubiertos de un verdor con brillo de esmeralda, ponían un agradable contrapunto en el incomparable paisaje de la región de Lannegar, surcada de pequeños lagos, semejantes a ojos de zafiro, y murmurantes riachuelos. El viento movía tenuemente las hojas de los árboles y traía en sus ligeros soplos inapreciables perfumes de flores silvestres que crecían por todas partes.

Caminando sin rumbo fijo, Bevis Syler dejó que el embalsamado aire llenase profundamente sus pulmones. Vestía un ligero jersey blanco, por fuera del cual asomaban los picos del cuello de la camisa, pantalones claros y zapatillas cómodas, ideales para pasear por el campo. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de tal manera.

Discretamente, no había querido encaminarse al castillo de una forma directa. Aunque estaba seguro de que Daphne Mac Gyll le hubiera acogido con gran simpatía, no dejaba de tener en cuenta que en la invitación que ella le había formulado entraba la cortesía en buena parte. Además, habían transcurrido ya tres meses desde que se separaron, y Bevis, al fin y al cabo hombre realista, no se hacía muchas ilusiones: ella le había olvidado y había olvidado también la invitación.

Por ello se había alojado en la posada de Lannegar Village, la aldea que estaba situada a cosa de milla y media del castillo. Era un pueblo pequeño, limpio, muy bien cuidado, habitado por unas cuatrocientas personas. El *whisky* y la cerveza que se elaboraban allí. —Bevis había tenido ocasión de comprobarlo— eran magníficos.

Atravesaba un espeso bosque de encinas que cubría la ladera de una colina de romo trazado, cuando inesperadamente sonó un disparo.

Algo silbó cerca de él, yendo a clavarse con terrible fuerza en el tronco de un árbol cercano. Bevis no había estado en la guerra; no

tenía la edad suficiente para haber intervenido siquiera en el conflicto de Corea, pero había hecho el servicio militar y en él le habían enseñado una cosa: cuando silban las balas, hay que echarse al suelo.

Lo hizo en el acto, guareciéndose tras el tronco de la encina, tan grueso o más que su cuerpo, esperando el segundo tiro en cualquier momento. Harto se suponía que el proyectil debía proceder del arma de algún cazador descuidado; ni por asomo se le ocurrió sospechar que podían haber tirado directamente contra él.

Lo que sí le extrañó fue que el cazador usara proyectiles en lugar de perdigones. «Claro es —se dijo— que en tal caso, ahora estaría yo hecho un colador». Pero el pensamiento no le consoló en modo alguno.

De pronto oyó unas voces que sonaban a pocos pasos de distancia. Una de ellas poseía un timbre singular, estridente, con cloqueos que a veces parecían proceder de una vieja tapadera golpeada con un martillo.

La otra era más normal, pero sonaba indignada, reflejando indudablemente el estado de ánimo de su dueño.

—¡Eres un imbécil, Oliver! ¡Has estado a punto de matarme con tu maldita escopeta!

—Ha sido sin querer, Milt —contestó el llamado Oliver—. Se me escapó el tiro. Creí que pasaba un ciervo...

—¡Ciervos! —bufó Milt—. ¿Me has tomado por un idiota? ¿Crees que estás en los tiempos de Robín Hood, cuando ver un ciervo en el campo era cosa tan corriente como ver ahora los automóviles por las carreteras?

Hubo una pausa.

—Si supiese que has tirado adrede, te mataría, Oliver —añadió Milt con acento de odio.

—Estás inventándote cosas que no han existido más que en tu imaginación, Milt. Te digo que...

—¡Basta, no sigas, porque no te lo creeré! —cortó Milt—. Pero oye bien lo que voy a decirte. Estamos aquí porque tú nos llamaste, no por voluntad propia; y ahora que ya está todo a punto de terminar, no te vayas a creer que puedes quedarte lindamente con todo el producto de nuestro trabajo. Si no te portas un poco mejor...

Bevis ya no pudo escuchar más; los dos hombres se alejaban y el rumor de su disputa fue distanciándose, de tal modo que las palabras se hicieron primero ininteligibles y luego se apagaron del todo.

Cuando estuvo seguro de que no sería visto, se puso en pie. Un tanto preocupado, rodeó la encina y buscó hasta encontrar el orificio de entrada del proyectil.

Silbó tenuemente. Era una posta disparada con escopeta de caza y no con rifle, gruesa como su dedo pulgar Milt había tenido razón al mostrarse sarcástico en lo concerniente a los ciervos. Pero ¿había tirado a matar el llamado Oliver y o verdaderamente se le había escapado el tiro, como había asegurado?

Se encogió de hombros. Disputas de aldeanos, resolvió finalmente.

Y siguió su camino.

El castillo de Lannegar se le apareció de pronto, al remontar la cúspide de la loma.

Estuvo contemplándolo durante unos momentos. Con toda seguridad, el castillo se hallaba enclavado en el único cerro rocoso y pelado que había en muchas millas a la redonda. El cerro tendría unos ciento cincuenta metros de altura y uno de sus lados caía casi a plomo sobre un pequeño lago de una milla de largo polla mitad de anchura, aproximadamente. Un arroyo de espumeantes ondas contorneaba la base del cerro y desembocaba en el lago, el cual tenía un desagüe similar casi en el extremo opuesto.

Algunos árboles crecían en las márgenes del lago. El castillo, sombrío, amenazador, se alzaba sobre el lugar, dominando los contornos con su tétrica presencia. Era una fortaleza del tipo clásico del medievo, con almenas, torres, muros solidísimos, barbacana y puente colgante, el cual estaba echado en aquellos momentos para salvar un foso cuyas dimensiones no podía calcular el joven desde el sitio en que se hallaba.

Un camino que serpenteaba por la ladera menos empinada del cerro, construido a fuerza de pico en la roca, trasladaba desde la llanura del valle al castillo. El camino enlazaba con una pequeña carretera que conducía a Lannegar Village.

Dos figuras surgieron de pronto al pie de la loma, dirigiéndose al castillo. Una de ellas portaba al hombro un arma larga de fuego.

Bevis frunció el ceño al observar el detalle. ¿Qué hacían aquellos dos hombres en Lannegar Castle?

Sin saber por qué, temió por la suerte de Daphne Mac Gyll.

CAPÍTULO II

Daphne se presentó en la posada a la mañana siguiente, cuando el joven acababa apenas de desayunarse.

—¡Profesor Syler! —exclamó la muchacha vivamente, avanzando hacia él con ambas manos extendidas.

Bevis se puso en pie de un salto.

—¡Señorita Mac Gyll! ¡Qué agradable sorpresa! No puede figurarse cuánto me alegro de volver a verla de nuevo —dijo Bevis.

—Yo también —contestó ella, sonriendo deliciosamente. El sol y el aire del campo habían tostado un poco la epidermis de su rostro, confiriéndole un aspecto encantador—. Pero estoy muy disgustada con usted, profesor.

—No me diga. ¿Por qué, señorita Mac Gyll?

—¿Recuerda el día en que nos despedimos en la biblioteca de la Universidad? Le invité a pasar una temporada en el castillo, si por casualidad se le ocurría venir por la comarca. Veo que no ha hecho caso de una invitación que fue formulada con toda sinceridad.

«Mejor que haya sido así», pensó él, notablemente satisfecho de la excelente acogida de Daphne.

—Siento haber despertado sus iras, pero no me pareció conveniente presentarme en «Lannegar Castle» después de tres meses, y sin haberle escrito de antemano para saber si mi presencia resultaba conveniente en estos momentos. En realidad —añadió Bevis—, sólo fue a última hora que decidí pasar en Lannegar Village parte de mis vacaciones veraniegas.

—Entonces —decidió Daphne con encantadora sonrisa—, no se hable más. Rehaga su equipaje y dispóngalo todo para, venirse al castillo conmigo. Tengo el coche en la puerta.

—Eso significa que ha venido expresamente por mí —dijo Syler.

—Así es —reconoció ella, mirándole con simpática expresión.

—Bien, considerando que yo no llegué a Lannegar Village

precedido de heraldos con trompetas ni publiqué anuncios en labradío y los periódicos acerca de mi viaje a ésta, me imagino que debe ser usted —dicho sea sin ánimo de ofender— un Intelligence Service particular muy competente.

Ella se echó a reír al escuchar el jocosó comentario de Syler.

—En cierto modo —reconoció—. June, la hija de la señora Malcolm, su posadera, viene todos los días al castillo a traer la leche. Ella me lo dijo.

—Cuando la vea, entréguele una bolsa llena de monedas de oro como recompensa —sonrió el joven—. Bien, en vista de la invitación, no tengo otro remedio que aceptar. Estaré listo dentro de unos minutos.

Poco más tarde, el joven regresaba con una maleta, así como con una bolsa alargada de lona, en la cual se contenían sus artilugios de pesca. Salieron fuera y frente a la posada pudo ver un «Hillman» modelo 1956, anticuado, pero en magnífico estado.

Syler colocó sus trastos en el asiento posterior y luego se sentó junto a la muchacha. Daphne dio el contacto, y el coche arrancó de inmediato.

El castillo quedaba oculto a la vista de los habitantes a la aldea, precisamente por la misma colina donde el día anterior había estado a punto de ser herido por el disparo. La carretera que conducía al castillo rodeaba la base de la colina mediante una curva de amplio trazado, al terminar la cual salieron a la llanura donde estaban el lago y el cerro con el castillo.

—Es un panorama realmente encantador —alabó Syler—. El castillo parece de fábula. ¿No hay en él una princesa durmiente o secuestrada por un dragón de fuego?

—No —rió ella—; sólo su actual propietaria, que por cierto se encuentra bastante agobiada por los impuestos con que nos obsequia el fisco. Las castellanas de las épocas antiguas no tenían esas preocupaciones.

—Pero creo que lo pasaban muy mal en aquellos tiempos. Se volvían miopes a fuerza de mirar a lo lejos, esperando día tras día el regreso del esposo que se había ido a la guerra.

Rieron alegremente. Syler observó a la muchacha a hurtadillas, dándose cuenta de que las preocupaciones que tanto habían enturbiado la limpidez de sus ojos en Edimburgo, parecían haber

desaparecido. Se alegró sinceramente de ello; había tenido ocasión de observar a Daphne durante sus estudios y se había percatado de que era una muchacha seria, ponderada y poco amiga de devaneos, lo que no significaba gazmoñería, «Y si hubiese levantado un solo dedo —concluyó sus reflexiones—, todos los estudiantes hubieran bailado de coronilla por ella».

El «Hillman» llegó a la base del cerro, que casi parecía un pitón rocoso que emergiera en uno de los lados de la planicie del fondo del valle. Era un curioso fenómeno geológico, producto de alguna convulsión plutónica que tuvo lugar cientos de miles de años antes. Los constructores de la fortaleza supieron aprovechar bien la circunstancia para situarla en la cima del cerro; en aquellos tiempos, pensó Syler, debía resultar inexpugnable.

El camino de acceso era angosto y no permitía el paso de dos vehículos a la vez. Era preciso conducir con cuidado; hacia la derecha, las paredes rocosas caían casi a plomo, y al menor descuido hubiera significado la muerte.

—Si tuviese dinero —dijo Daphne de pronto—, haría construir una valla protectora. Este camino, aun para el que lo conoce a fondo, siempre resulta peligroso.

—En efecto —convino él—. El que caiga por uno de estos derrumbaderos, no llegará al fondo con vida. —Deliberadamente cambió de tema—: El castillo está muy bien conservado.

Daphne suspiró.

—¿Por cuánto tiempo? —murmuró un tanto abstraídamente—. ¡Oh, perdóneme; estaba distraída! —Se sonrojó fuertemente.

—No tiene importancia —dijo él, sin querer entrar en preguntas acerca de las supuestas dificultades económicas de la muchacha.

Ella sacudió la cabeza.

—Tal vez dentro de poco me vea obligada a tomar una decisión con respecto a «Lannegar Castle» —dijo.

—¿Piensa venderlo? —preguntó Syler cortésmente—. Me gustaría ser millonario para adquirirlo.

Daphne sonrió.

—Es una carga imponente, créame, profesor. Sólo produce gastos... y yo, desdichadamente, a cada día que pasa, estoy en peor situación para soportarlos. Por otra parte, los elevados impuestos que pesan hacen que la posesión del castillo resulte onerosa y poco

rentable. Como simple alojamiento, es antieconómico.

—Si lo pone a la venta, no le faltarán compradores —observó él—. Un castillo en Escocia, con fantasma garantizado —añadió de buen humor—, atraerá indefectiblemente la atención de las personas adineradas.

—Desde luego, pero es que me resisto a vender una propiedad que ha pertenecido a los Mac Gyll desde que se construyó. Hace ya casi seiscientos años que se levantó, y me dolería muchísimo ser yo quien tuviese que dar ese paso. Por otra parte —agregó con melancolía— el apellido Mac Gyll se extinguirá conmigo, al no tener hermanos varones.

—¿Significará ello el fin de la leyenda del fantasma?

—¿Dónde hay un Squathmore que perdone, en nombre de su antepasado?

—Es verdad —murmuró él.

Llegaron a la cima. Syler se sintió abrumado por la enorme mole del castillo, que le pareció más imponente que nunca, contemplado desde unos pocos metros de distancia.

El puente levadizo estaba bajado. Servía para salvar un profundo foso, que no contenía agua, sino que era más bien un largo tajo transversal que la naturaleza había practicado en la roca de la cima. La hendedura tenía unos cuatro metros de anchura, por doce o catorce de profundidad, y corría a todo lo ancho de aquella parte de la cumbre, como una gran cicatriz que surcase el rostro de piedra del cerro.

Cruzaron el puente y pasaron bajo el rastrillo, de afiladas puntas de hierro. Syler observó los mecanismos que izaban y descendían el puente, bien conservados y engrasados, a punto de funcionar en cualquier momento. Luego salieron al patio de armas, en el corazón de la fortaleza.

Daphne detuvo el coche frente a una escalera de doce peldaños, que conducía a una puerta dotada de marquesina, posterior evidentemente a la fecha de construcción del castillo. Tocó la bocina e inmediatamente salió un individuo a través de la puerta.

—Ya hemos llegado —dijo ella, abriendo la portezuela.

Syler se apeó por su lado, en el momento en que el hombre, un sujeto de unos cincuenta y tantos años de edad, de pelo canoso y hombros un tanto cargados, llegaba junto a ellos.

—Scramon —dijo la joven—, éste es el profesor Syler. Se quedará como huésped de «Lannegar Castle» durante una temporada. Profesor —se volvió ella hacia el joven—, tengo el gusto tío presentarle a nuestro mayordomo. Está al servicio de los Mac Gyll desde los dieciocho años.

—Encantado —saludó Syler.

—Bien venido a Lannegar Castle, profesor —dijo Scramon cortésmente.

—Scramon —siguió Daphne—, ¿qué habitación aconseja usted para el profesor?

Un gesto de disgusto se dibujó inmediatamente en el rostro del maduro mayordomo.

—Siento decirle que las mejores están ocupadas por los amigos del señor Mac Crobbs, señorita. En mi opinión, el profesor debiera ocupar el dormitorio del torreón del lado norte. Si fuera invierno, no se lo recomendaría, por supuesto, pero estamos en verano, y ahora resulta una habitación muy fresca y de estancia agradable.

—No se hable más —resolvió ella con simpática sonrisa—. Profesor, quiero hacerle una advertencia desde este momento: Considérese como en su casa. Vaya, entre, salga, actúe, en fin, con entera libertad. Cuando tengo huéspedes, detesto los formulismos, a menos que la ocasión lo requiera expresamente. Si lo desea, le servirán la comida en su habitación; si quiere acudir al comedor, podrá hacerlo a las horas que más le acomode, sin sujetarse a un horario fijo. ¿Está claro?

Syler sonrió.

—Clarísimo —dijo—. Van a ser las mejores vacaciones que jamás haya disfrutado, señorita Mac Gyll.

Ella sonrió ampliamente.

—Celebraré que así sea, profesor. Le veré más tarde.

Daphne subió las escaleras ágilmente, con graciosos movimientos que fascinaron al joven. Estuvo parado unos momentos, sumido en sus propios pensamientos y lamentando no ser un millonario de fábula para poder resolver de un plumazo las dificultades económicas de la joven.

La voz de Scramon le arrancó a la momentánea abstracción en que había caído:

—Cuando gaste, profesor. —El mayordomo tenía ya el equipaje,

en las manos.

Contempló el paisaje a través del ventanal que daba luz y ventilación al dormitorio que le había sido asignado. En el buen tiempo, el panorama era fascinadoramente atractivo, pero en invierno, «Lannegar Castle» debía resultar lúgubre y deprimente. Tener que vivir allí durante la época del mal tiempo no podía ser agradable en modo alguno. Días interminables encerrados, continuamente al lado de la chimenea, oyendo rugir el viento entre las almenas y el golpeteo de la lluvia contra los cristales...

Se estremeció. «Estaré una semana y luego me largaré», fue la decisión a que llegó, tras unos momentos de madura reflexión.

Pensaba huronear un poco en el archivo y contemplar detenidamente los lugares descritos en los libros de historia que había leído. La leyenda del fantasma destinado a errar hasta ser perdonado por un descendiente del Squathmore condenado a morir de hambre y sed le fascinaba.

«¿Dónde estará esa misteriosa habitación?», se preguntó.

CAPÍTULO III

Al cabo de un rato, se cambió de ropa, poniéndose prendas más cómodas, y salió de la habitación.

A la izquierda de la puerta había una angosta escalera de peldaños de piedra, que parecía adentrarse en el muro. Movido por la curiosidad, subió los escalones, encontrándose con la sorpresa de que terminaban a unos cuatro o cinco metros de altura, después de un recodo en ángulo recto, en una especie de plataforma o descansillo, en uno de cuyos lados había una puerta de gruesos tablones de oscura madera de roble.

Tanteó la puerta. La cerradura era antiguo y carecía de llave, la cual, por lo visto, había sido echada. Se quedó sin saber adónde conducía la puerta, por lo que, sin entretenerse demasiado, emprendió el descenso.

En el piso inmediatamente inferior había un largo corredor, dotado de varias puertas, artísticamente talladas. Supuso que debían pertenecer a los dormitorios citados por Scramon. Sin entretenerse, continuó bajando, a la vez que pensaba, con alguna preocupación, en el incidente del día anterior.

El enorme vestíbulo, así como la amplia escalinata que conducía al mismo, estaban adornados con algunas antiguas armaduras de brillante metal, panoplias con toda clase de armas de la época y estandartes con vistosos escudos, que aliviaban un poco la fría desnudez de los muros de piedra. A la derecha vio una gran puerta y, atraído por la curiosidad, se dirigió hacia ella.

Entró en una gran biblioteca, cuyos muros estaban casi totalmente cubiertos por grandes estanterías repletas de libros. La biblioteca recibía la luz diurna por medio de dos grandes ventanales, con cristales polícromos, que le conferían un aspecto un tanto catedralicio. Entre los dos ventanales vio un gran retrato, de tamaño natural, de una hermosa dama, ataviada con ropajes de

cincuenta años atrás. El parecido con la castellana actual era sorprendente.

Contempló el cuadro durante unos momentos. De pronto, sonó una voz cerca de sus oídos:

—¿Le gusta?

Syler se sobresaltó ligeramente, pues no había oído entrar a nadie en la biblioteca. Al volverse, divisó a un individuo bajito, regordete, casi completamente calvo, que le contemplaba con expresión sonriente.

—Me llamo Jason Haroldvar —se presentó el individuo, cuya edad calculó el joven en unos cincuenta años—. Supongo que usted debe ser el nuevo huésped que llegó hace poco con la señorita Mac Gyll.

—En efecto. Soy Bevis Syler, profesor de la Universidad de Edimburgo. Como también desempeño el cargo de bibliotecario, me he sentido atraído instantáneamente por esta magnífica librería del castillo.

—Hay algunos volúmenes verdaderamente curiosos —manifestó Haroldvar—. Disponiendo de tiempo, uno puede pasar ratos muy entretenidos.

—El cuadro es precioso —observó él intencionadamente.

—Es la abuela de Daphne Mac Gyll. El parecido resulta sorprendente, ¿no?

—Sí, desde luego. Cualquiera que no lo supiese, pensaría que es ella vestida con arreglo a la moda de principios de siglo.

—El que pintó el cuadro era un gran artista. Quizá no se pueda decir lo mismo de este otro.

Haroldvar se volvió, señalando un cuadro que había en la pared opuesta, casi frente al de la abuela de Daphne. Bevis sintió una especie de choque al contemplar la figura plasmada sobre la tela.

Era un sujeto vestido a la moda de quinientos años atrás, con la coraza encima de las ropas y del tartán blanco, negro, amarillo y rojo, que eran los colores del clan Mac Gyll. Pendiente del costado izquierdo llevaba un enorme espadón y a sus pies yacía un enorme perrazo en actitud vigilante. Tanto el hombre como la bestia daban la sensación de estar dispuestos a atacar en cualquier momento.

Quizá Haroldvar tenía razón; el artista no había sido tan bueno como el que retrató a la abuela de Daphne, pero, en cambio, había

sabido infundir al rostro de hombre y bestia, sobre todo al del hombre, una expresión de ferocidad y orgullo, que le conferían un aspecto sumamente antipático desde el primer momento. El trazo de las pinceladas era más burdo que el del otro retrato, pero el artista había querido plasmar en el rostro del retratado el odio, la fiera y la altivez, y lo había conseguido plenamente.

—Ese cuadro no es de la época —observó.

—En efecto. Lo pintaron hace ciento y pico de años, por encargo de uno de los condes de Mac Gyll. Me imagino que debió ser un humorista al querer tener el retrato del hombre cuyo fantasma vaga por las estancias del castillo casi continuamente. Supongo —añadió Haroldvar— que conocerá usted la leyenda de Arthur, cuarto conde de Mac Gyll.

—Por supuesto —admitió el joven—. Pero, sinceramente, no creo que el fantasma del conde Arthur se dedique a pasearse durante la noche por los salones del castillo.

Haroldvar soltó una risita.

—Eso va en opiniones, profesor. Oh, claro, ustedes los científicos son partidarios del escepticismo a ultranza, y no creen en apariciones ni cosas semejantes. Y, sin embargo...

—No he dicho tal, señor Haroldvar —contestó el joven—. Ciertamente hay algunos fenómenos sobrenaturales que, a la luz de los conocimientos científicos de hoy día, no tienen explicación. Ahora bien, de eso a creer que el fantasma del conde Arthur se pasea todas las noches por el castillo, va un abismo. ¿Lo ha visto usted? —preguntó súbitamente.

—No. Pero tengo pruebas de que es así.

—¿Qué pruebas? —inquirió Syler con viveza.

Haroldvar iba a responder, cuando de repente sonó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Jason! ¡Jason! ¿Dónde te has metido?

Syler se estremeció al reconocer la voz. Era la misma que había oído el día anterior en la loma de las encinas.

—¡Voy, Oliver!; —contestó Haroldvar en voz alta—. Dispénseme, profesor; me llaman. Encantado de haberle conocido.

—Encantado —respondió él con voz neutra.

Contempló de nuevo el cuadro. No, Haroldvar no tenía razón. El autor había sido un artista. Conseguir aquella expresión casi

satánica no debía haber resultado tarea fácil y, sin embargo, en el rostro del retratado aparecían claramente reflejadas todas las pasiones que le habían dominado quinientos años atrás y que le habían conducido, como enloquecido remate de su desatentada conducta, a dar una muerte atroz a su enemigo. «El que encargó el cuadro —concluyó sus pensamientos— no dejaba de ser, en el fondo, un humorista completo».

Dejando de lado tales reflexiones, empezó a curiosear los lomos de algunos de los volúmenes allí recopilados. Después de un buen rato, encontró a faltar una cosa.

—Daphne me habló de un archivo —soliloquió a media voz—. Pero esto sólo parece biblioteca; no tiene aspecto de archivo de documentos. ¿Dónde podrá estar?

En aquellos momentos no había nadie a mane que pudiese ilustrarle sobre tal extremo. La servidumbre parecía más bien escasa, cosa lógica, si se pensaba en las grandes dificultades que atravesaba la castellana. Sólo el orgullo de continuar poseyendo algo que pertenecía a la familia desde hacía casi seiscientos años había impedido que Daphne vendiese el castillo.

Y Syler comprendió tal orgullo, a pesar del salvaje crimen cometido cinco siglos antes. ¿Eran los Mac Gyll, acaso, la única familia que tenía antecedentes similares? En los tiempos medievales ocurrían cosas parecidas con espantosa frecuencia: odio, celos, envidia o, simplemente codicia, eran motivos más que suficientes para los flechazos o puñaladas a traición o los venenos sutiles que mataban instantáneamente. Salvo por el extremado sadismo, se dijo, la historia de «Lannegar Castle» no era mejor ni peor que la de tantas otras mansiones y salvajismo del homicidio cometido hoy se le llamaría fortalezas no ya británicas, sino europeas. Las muertes cometidas en miembros de una familia noble, que estorbaban por una razón u otra, habían sido cosa tan corriente, que ya no extrañaban a nadie.

Pero él se sentía especialmente atraído hacia «Lannegar Castle» por razón de su hermosa propietaria. Y, un tanto egoístamente, se alegraba de sus dificultades financieras; ya no era la joven rica que él había creído tiempo atrás. Quizá...

—Es demasiado pronto aún —meneó la cabeza sonriendo.

Abandonó la biblioteca y salió al enorme zaguán. Al otro lado

había una puerta idéntica y, pensando siempre en el archivo, cruzó el espacio y llegó hasta allí. Se disponía a abrirla, cuando, de pronto, llegaron a sus oídos dos voces.

En el primer instante, pensó en retirarse, no queriendo cometer una indiscreción; una de las personas que hablaban era Daphne, y no le hubiera gustado que la muchacha le sorprendiese escuchando algo que no le importaba. Pero la otra voz le llamó la atención de inmediato.

«Este tipo, parece poseer el don de la ubicuidad —masculló—. Esté en todas partes». Era el hombre a quien se le había escapado el disparo la víspera.

—Tú verás lo que haces, Daphne —decía el sujeto en aquel instante—, pero yo ya no puedo esperar más. O cumples tu promesa o... bueno, tendrás que abandonar este castillo.

—Estás en condiciones de darme la prórroga que te pedí. Ya sé que no eres fabulosamente rico —alegaba ella—, pero tampoco te sacarán de un apuro esos pocos miles de libras que me prestaste. Al menos, de un apuro grave.

—Hicimos un trato, ¿no? Entonces, ¿por qué no lo cumples de una vez?

Hubo una pausa de silencio. Luego, Daphne dijo:

—Oliver, ¿es posible que pienses en serio?

—Absolutamente —respondió él, con énfasis pedantesco—. Mi punto de vista no ha variado. Y no pienso ser yo el que ceda, te lo aseguro.

—Puedes concederme seis meses más —rogó ella.

Sonó una risita cloqueante.

—¡Seis meses! Ya te los he dado en dos ocasiones, con lo cual llevas un año de prórroga. ¿Crees que no sé lo que pasará cuando se acabe ese plazo, suponiendo que llegue a concedértelo? Sencillamente, vendrás a mí y me dirás: «Oliver, querido primo, necesito una prórroga...». ¡No! —graznó el sujeto—. Te quedan dos semanas, prima, dos semanas. Cuenta los días, ve tachándolos uno a uno en tu calendario, pero si cuando llegue esa fecha no se ha hecho público el pacto, haré ejecutar la hipoteca. Tú verás qué es lo que más te conviene, sobre todo, teniendo en cuenta el amor que le profesas a esta antigüalla.

—Eres un miserable, Oliver Mac Crobbs —declaró Daphne, con

voz vibrante de indignación—. Cuando me prestaste ese dinero —no para trapos ni diversiones ni futilidades, sino para mis estudios—, no pusiste en el primer momento ninguna condición. Ha sido después cuando me obligaste a firmar los pagarés hipotecarios, aprovechándote de mí inicua mente, porque, en efecto, conocías mi forma de pensar acerca de «Lannegar Castle».

—¿Y qué? ¿Es mi dinero, no? Tengo derecho a resarcirme de él en la forma que juzgue más conveniente. ¿Acaso no lo harías tú, si estuvieses en mi lugar?

—Afortunadamente, soy Daphne Mac Gyll y no Oliver Mac Crobbs —contestó ella con desprecio—. Por lo que veo, has olvidado ya el enorme favor que mi padre le hizo al tuyo años atrás, cuando, no sólo le sacó de apuros económicos, sino que además, evitó que fuera a la cárcel.

—Ese favor se lo hizo tu padre al mío, no tú a mí, observa la diferencia —contestó Oliver hirientemente.

—¿De verdad que no te beneficiaste del favor? —dijo Daphne, sarcástica—. Oye, ¿dónde estarías ahora, si tu padre hubiese ido a parar a la cárcel? ¿Habría rehecho éste su fortuna, triplicándola y aún cuadruplicándola, de no haber sido por la ayuda de mi padre? ¿Qué harías ahora por ahí, Oliver Mac Crobbs? ¿Pedir limosna por los caminos o alistado en la Armada para no morirte de hambre?

—Basta —cortó Oliver en tono irritado—. No quiero discutir más el asunto. Ya sabes lo que te he dicho: el plazo expira dentro de dos semanas. Ese día quiero una respuesta en firme: el dinero o...

—Tendrás la respuesta —prometió Daphne tajantemente—. Pero óyeme una cosa: si por casualidad consiguiera rescatar la hipoteca, te haré salir de este castillo, en el que no volverás a poner la planta jamás. —Con gran desprecio, añadió—: En cierto modo, te pareces a, un antepasado tuyo que también merodeaba mucho por «Lannegar Castle».

—Déjate de antepasados. Estamos en el siglo xx, en mil novecientos sesenta. Lo demás, no importa; con los muertos no se vive..., a menos que se sea empresario de pompas fúnebres.

Oliver Mac Crobbs remató su chiste con una gran carcajada de timbres chirriantes. Bevis Syler se dio cuenta de que ya había escuchado bastante y, no queriendo ser sorprendido, escapó silenciosamente de aquel lugar.

El resto del día transcurrió para él con gran tranquilidad. Visitó los puntos más fácilmente accesibles del castillo, aunque no pudo ver algunos para los cuales hubiera necesitado de un guía.

Comprendió que, Daphne no se hiciera visible; el disgusto que debía haber recibido con el diálogo sostenido con Mac Crobbs la tenía recluida, sin duda, en su habitación. Compadeció sinceramente a la muchacha, y en aquellos momentos, más que nunca, deseó ser inmensamente rico para ayudarla desinteresadamente. Pero no disponía de otra cosa que su sueldo y algunos ahorros, que apenas si sumaban medio millar de libras esterlinas.

«Una fruslería, comparado con lo que ella necesita», resumió sus pensamientos.

CAPÍTULO IV

Daphne Mac Gyll tenía los ojos enrojecidos.

Bevis lo observó a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, en que coincidieron ambos en el comedor. Dedujo que la muchacha debía haber llorado mucho durante el transcurso de la noche a causa de las frases que le había dirigido Oliver Mac Crobbs tan despiadadamente.

Discreto, sin embargo, fingió no haber advertido nada y así, la saludó con cordial efusión; y mientras se desayunaban, procuró mantener una conversación de tonos vivos y agradables, con el fin de distraer a la joven de las preocupaciones que tanto embargaban, su espíritu.

Al terminar el desayuno y, en tono casual, dijo.

—Estuve ayer en la biblioteca, pero no pude hallar el menor rastro del archivo que usted mencionó en cierta ocasión.

—Está en una habitación aparte —respondió ella—. Le serviré de guía, si no tiene inconveniente.

—Me sentiré encantado —declaró Bevis galantemente—. Siempre, por supuesto, que no tenga algo importante que hacer.

—En estos momentos, nada. Venga conmigo, por favor.

Salieron del comedor y emprendieron la ascensión por la gran escalinata que conducía al primer piso. Daphne le guió luego hacia la izquierda y, al llegar al final del corredor, se detuvo ante una puertecita de las dimensiones justas para permitir el paso de una persona.

—En estas viejas fortalezas deben existir muchos pasadizos secretos —comentó él en tono superficial.

—Así es, aunque yo no he encontrado ninguno hasta ahora —repuso Daphne.

—¿Ni siquiera el que conduce al calabozo donde murió de hambre y sed el conde de Squathmore? —preguntó él

intencionadamente.

—No. Que yo sepa, mi antepasado lo disimuló tan bien, que nadie pudo hallar jamás ese siniestro cuarto. La leyenda parece ser verídica, pero, ciertamente, falta descubrir los restos de Squathmore para comprobarla.

Daphne abrió la puerta. Una escalera de caracol que se retorció hacia arriba apareció en el acto a los ojos de Bevis.

—Hay una cosa que me extraña —dijo él mientras subían peldaño a peldaño—. Es de presumir que Arthur Mac Gyll no se ufanara de su crimen, antes al contrario, lo mantuviese oculto o, por lo menos, la clase de muerte que había dado a su rival. ¿Cómo, pues, se originó la leyenda?

—Según tengo entendido, al final de su vida, mi antepasado hizo confesión pública. Pero, por lo visto, sufrió un colapso, del que ya no se recobró —lo que entonces decían un «prolongado desmayo»—, antes de darle tiempo a declarar el lugar donde estaba ubicado el misterioso calabozo.

—Entonces, se arrepintió antes de morir.

—Así es. Pero no pudo obtener el perdón del hijo de Squathmore. Estaban fuera del país, guerreando como mercenario en Alemania.

Bevis se acarició la mandíbula.

—Una curiosa leyenda, en efecto —comentó. Y de pronto, Daphne se detuvo ante un descansillo, de forma muy parecida al que él había visto el día anterior, a poco de alojarse en su dormitorio.

Todas las puertas de «Lannegar Castle» tenían como característica común la solidez y la reciedumbre de sus gruesos tablones de roble, oscurecidos por el paso de los años. Usando una pequeña llavecita que extrajo de uno de los bolsillos de su falda, Daphne abrió la puerta.

—La cerradura es moderna —explicó, para salvar el anacronismo que representaba el detalle—. La herrumbre inutilizó la primitiva.

La puerta se abrió y pasaron a una habitación de forma rectangular, salvo por uno de sus extremos, que terminaba en un semicírculo, lo cual dijo a Bevis que aquel lado se adaptaba a alguna de las torres del castillo. La luz penetraba por dos angostas

aberturas que antaño fueron aspilleras defensivas y en las cuales se habían instalado ahora cristales, con el fin de proteger de la intemperie los documentos allí conservados.

Un penetrante olor a moho reinaba en la estancia.

—Tendré que ventilarla —dijo Daphne.

A ambos lados de la pieza había sendas estanterías que alcanzaban la altura del techo. Estaban, repletas de legajos atados con cintas, la inmensa mayoría de ellos amarillentos por el paso de los años. Someramente, Bevis examinó alguno de los legajos, viendo que más de uno de ellos estaba constituido por documentos redactados sobre pergamino auténtico.

Asimismo había un sector de una de las estanterías en donde los documentos estaban archivados por rollos.

—Es la parte más antigua —dijo Daphne. Tomó uno de los rollos, acaso el de mayor tamaño, y se lo entregó—: Es, seguramente, el documento más interesante: el plano del castillo y las actas de su fundación.

—Interesante, en efecto —convino el joven—. Sobre todo, para los estudiosos de la historia antigua de Escocia.

Sopesó el rollo especulativamente durante algunos momentos, y acabó devolviéndolo a su sitio.

—Vendré en otro momento a examinarlo con más detenimiento —dijo.

—Tome. —Daphne le entregó la llave—. Así podrá hacerlo cuando mejor le acomode.

—Es usted el tipo de anfitrión perfecto —alabó él—. Lleno de amabilidad para sus invitados... y, además, una muchacha joven y hermosa.

Daphne se ruborizó intensamente.

—Quizá pronto deje ya de ser anfitrión de «Lannegar Castle» —dijo en tono melancólico.

—¡Como! ¿Es que piensa marcharse de aquí? —preguntó él, mintiendo a la vez que fingía sorpresa.

—No lo sé aún, pero ya le dije que el sostenimiento del castillo me cuesta un dinero del que apenas si puedo disponer. Mucho me temo que habré de acabar vendiéndolo.

—¡Cuánto lo siento! —se lamentó él. Y era sincero—. Me gustaría poder ayudarla, pero ya sabe; sólo soy un simple profesor

ayudante de Universidad.

Ella sonrió tristemente.

—Le agradezco sus palabras, profesor, pero no se puede luchar contra la corriente, cuando es más fuerte que una misma. En fin —suspiró—, de nada sirve quejarse de lo inevitable.

Tentado estuvo Bevis de mencionar lo que había escuchado el día anterior, pero se contuvo, dado que no quería aparecer como indiscreto a los ojos de la muchacha.

—Sí, realmente, será una lástima. Sus antepasados sentirán seguramente que el próximo dueño del castillo no lleve el nombre de Mac Gyll.

—En cierto modo, no saldrá de la familia —dijo ella—. Es posible que se lo quede mi primo Oliver Mac Crobbs.

Bevis repitió el nombre.

—Según la leyenda, el conde de Squathmore acusó a un Oliver Mac Crobbs de la felonía que el conde Arthur le había achacado injustamente.

—Mi primo Oliver es descendiente directo de aquel Mac Crobbs respondió Daphne.

—Es curioso —comentó el joven—. Sólo falta un Squathmore para que el trío pudiera quedar completo.

—El último conde de Squathmore murió sin dejar sucesión —dijo la muchacha.

—Sí, lo sé. Bien, el polvo de los tiempos cubre inexorablemente a la historia y a sus personajes. Contra esto es contra lo que no se puede luchar en absoluto, aunque sí por la conservación del castillo. Creo yo —añadió Bevis intencionadamente.

—Hay un medio —manifestó Daphne.

—¿Cuál? —preguntó él.

El rostro de la muchacha se ensombreció repentinamente.

—Perdóneme, profesor; es un tema que me desagrada muchísimo.

—Es usted la que debe disculparme por haber traído a su mente circunstancias poco propicias en estos momentos. De todas formas, quiero que sepa que deseo muy sinceramente, que su situación se resuelva para usted de una forma plenamente favorable.

—Gracias —sonrió ella—. Es usted muy amable. Y ahora —dijo de pronto—, ¿no le gustaría visitar uno de los lugares más típicos,

por calificarlo de algún modo, de «Lannegar Castle»?

—Mi curiosidad profesional es insaciable —contestó él con amplia sonrisa.

Abandonaron el archivo. Daphne, al llegar al corredor, entró en su dormitorio, tras excusarse brevemente, volviendo momentos después.

—Fui a coger la llave —aclaró.

La muchacha le condujo hasta una puerta análoga a la anterior, situada en el extremo opuesto del mismo plano. Pero en ésta la escalera se hundía en la estructura del castillo, en lugar de ascender.

De trecho en trecho, algunas bombillas eléctricas iluminaban el camino.

—Mi padre completó la instalación eléctrica —explicó ella.

La escalera era mucho más larga que la del archivo. Bevis calculó que el número de peldaños era, por lo menos, el doble. Casi empezaba a fatigarse cuando alcanzaron un rellano inferior, situado a una profundidad que el joven no pudo estimar con exactitud.

Había —¿cómo no?— otra puerta de gruesos batientes. Daphne la abrió, después de haber pulsado un interruptor de la luz. Entonces, al cruzar el umbral, se encontraron en una cripta de vastas dimensiones.

Cuatro gruesas columnas sostenían las bóvedas de la cripta, soportando las nervaduras de los arcos apuntados, que se prolongaban en sendas columnitas adosadas a las pilastras principales, como adorno del sostén de la bóveda. Una difusa iluminación, proveniente de lámparas maravillosamente disimuladas, contribuía a dar al lugar un aspecto irreal, casi fantasmagórico. El luminotécnico que había montado la instalación debía ser un artista en su género, tal como lo hizo en su día el constructor del castillo.

Había numerosos sarcófagos de piedra adosados a los muros de la cripta, y asimismo se veían bastantes lápidas a media altura, indicativas de otras tantas sepulturas. Bevis comprendió que la cripta era el cementerio particular de los miembros de la familia Mac Gyll.

—Venga conmigo —dijo ella en tono suave, como si temiese despertar a quien allí dormía su sueño eterno.

Daphne le condujo hasta una lápida enclavada a pocos pasos de la entrada.

—Mis padres están ahí —murmuró en tono sencillo.

—¿Y su abuela? Me refiero a la del retrato de la biblioteca.

Daphne sonrió.

—¿Se refiere usted a *lady* Lorna? Era hermosísima, según creo. Yo llegué a conocerla aún, cuando era una encantadora ancianita de abundantes cabellos blancos, amable y cariñosa como ella sola. Lloré mucho cuando murió.

—Lo creo. *Lady* Lorna debió hacerse querer de todo el mundo, y no digamos de su esposo.

—Mi abuelo murió a los pocos años de su matrimonio. Ella quedó viuda muy joven, con un hijo único —mi padre—, y, a pesar de que pudo hacerlo en incontables ocasiones y con inmejorables pretendientes, no volvió a casarse jamás. Había amado demasiado a su esposo para que en su corazón cupiese amor para otro hombre.

—Una historia realmente romántica, como ya no se dan hoy día —comentó Bevis. Estaba terriblemente impaciente por conocer la sepultura del cuarto conde de Mac Gyll, pero supo dominarse y esperar.

Daphne pareció adivinarle la intención.

—Sígame —dijo.

Cruzaron el amplio espacio de la cripta y llegaron al otro extremo en donde había un sarcófago de piedra callada. Sobre la tapa del mismo se divisaba una inscripción en un inglés algo arcaico.

AQUÍ YACE ARTHUR, CONDE DE MAC GYLL Y SEÑOR
DE LANNEGAR CASTLE 1412 —1473
ESPERA EN ESTA TUMBA A QUE UN DÍA LLEGUE UN
SQUATHMORE Y LE PERDONE

Bevis contempló la inscripción en silencio durante algunos momentos. Luego pasó el índice por el hueco de una de las letras grabadas.

—¿Quiere ver su cuerpo? —preguntó Daphne, da pronto.

Bevis se volvió a mirarla, enormemente sorprendido por la oferta de la muchacha.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Es posible contemplarlo?

Ella sonrió.

—Sí. Mi padre hizo instalar un pequeño motorcito auxiliar que levanta la tapa del sarcófago. Si no fuera así, se necesitarían cuatro hombres robustos para conseguirle. Espere un momento.

Daphne se acercó a la pared y oprimió un interruptor.

Se oyó un tenue zumbido, proveniente del motorcito al funcionar. La tapa del sarcófago empezó a girar lentamente hacia arriba.

Aunque quiso contenerse, Bevis no pudo evitarlo. Sentíase profundamente impresionado al hallarse delante de aquella sepultura, que guardaba el cuerpo de un hombre que había cometido un horrendo crimen.

—¿Está momificado? —preguntó.

—Sí. La cripta reúne ciertas condiciones ambientales que retrasan, a veces durante siglos enteros, la disgregación carnal del cadáver. Quizá —añadió la muchacha—, aunque no puedo asegurarlo, el cuerpo de mi antepasado fue embalsamado después de su muerte. En todo caso, es un detalle accesorio.

La tapa se levantaba muy despacio. Casi transcurrió un minuto antes de que quedase en posición vertical.

Entonces, Bevis se acercó al sarcófago, que estaba sostenido por cuatro grandes pies de piedra, imitando sendas garras de dragones mitológicos, con lo que su borde superior alcanzaba casi la altura de su pecho.

Asomó la cabeza y en el mismo instante sufrió un choque muy parecido al de una descarga eléctrica.

Había un cuerpo humano en el interior, pero estaba vestido con ropas del siglo xx. Y su apariencia, según podía apreciarse a la primera ojeada, era el de haber fallecido recientemente, acaso el mismo día.

CAPÍTULO V

Era un hombre de aspecto corriente, no muy joven, aunque tampoco ya en la ancianidad. Bevis calculó que debía tener unos cuarenta y cinco años en el momento de su fallecimiento.

Daphne había estado junto al interruptor hasta que vio que la tapa alcanzaba la posición deseada. Entonces cortó la corriente y el zumbido del motorcito dejó de oírse.

Bevis reaccionó al ver que la muchacha iba a acercarse al sarcófago. Salió a su encuentro y le cerró el paso.

—Quieta. No se aproxime —ordenó perentoriamente.

Daphne le miró, asombrada.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo? He visto muchas veces la momia del conde...

—Ahora no se trata de una momia, señorita Mac Gyll —dijo Bevis.

La muchacha empezó a sospechar algo raro, al darse cuenta de la grave expresión que aparecía en el rostro de Bevis.

—Será mejor que hable claro, profesor —dijo secamente.

—Debe ser valiente —recomendó él—. Hay un muerto en el sarcófago, y no me refiero, naturalmente, al cadáver del conde Arthur.

—¡Qué! —gritó ella, y su voz percutió tableteante bajo las bóvedas de la cripta—. ¿Cómo puede decir tal cosa? ¿Quién es?

—No le conozco. Jamás le he visto en los días de mi vida. Si... si me promete ser valiente, dejaré que mire y lo identifique, caso de que le conozca.

Daphne se dio cuenta de que el profesor no mentía. Su rostro palideció de pronto.

—Está bien —dijo, inspirando con fuerza—. Pro... procuraré tener valor. Déjeme ver.

Bevis se echó a un lado. Ella dio dos pasos y avanzó el busto,

retirándolo casi en el acto. Luego giró sobre sus talones y se cubrió la cara con ambas manos, procurando dominar los estremecimientos que sacudían su cuerpo.

—¡Dios mío! —dijo con voz sorda—. ¡Es horrible, horrible!

Bevis apoyó una mano en el brazo derecho de la joven, a fin de darle ánimos.

—¿Le conoce usted?

Ella se quitó las manos de la cara. Movié la cabeza afirmativamente.

—Sí. Es... es uno de los huéspedes del castillo... Amigo de... de Oliver Mac Crobbs... Se llama... llamaba Néstor Caine.

—No se mueva, por favor —aconsejó él, a la vez que la soltaba.

De nuevo se inclinó sobre el sarcófago. La causa de la muerte de Caine no aparecía a la vista, pero sus ojos miraban desmesuradamente abiertos el techo de la bóveda, surcado por las nervaduras de refuerzo de los arcos apuntados que sostenían la estructura.

Tocó su mejilla, encontrándola fría, helada. Levantó el brazo izquierdo, aunque no mucho, porque pudo darse cuenta de que ya había dado comienzo el proceso del *rigor mortis*, lo cual le dijo que la muerte se había producido, como mínimo dos horas antes. Habrían de transcurrir veinticuatro horas más para que las articulaciones recobrasen de nuevo su flexibilidad.

De pronto, descubrió algo que le hizo fruncir el ceño. Desabrochó la chaqueta, viendo en la pechera de la camisa un orificio negruzco, de forma oval muy alargada. Unas cuantas gotas de sangre ya negra salpicaban la camisa en torno al orificio, cuya forma indicaba sin lugar a dudas de ninguna clase que Néstor Caine había sido muerto apuñalado.

Se volvió hacia Daphne, cuyo rostro aparecía tan blanco como la nieve.

—He podido ver en las panoplias algunas dagas de hoja fina y muy aguda —dijo.

—Es cierto —admitió ella—. Tenemos varias.

—No quisiera engañarme, pero apostaría que el que mató a Caine empleó una de esas dagas, manteniéndola dentro de la carne hasta un buen rato después que se hubo consumado la muerte, cosa que, por otro lado, debió acaecer de manera casi instantánea. Dada

la agudeza de la hoja, la hemorragia se produjo en el interior del organismo humano y también apostaría a que el corazón resulto directamente interesado.

Daphne parecía próximo a desmayarse.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Por qué lo mataron? ¿Quién fue?

—Dos preguntas a ninguna de las cuales estamos ambos en situación de contestar por el momento. —Bevis se separó de ella y se acercó a la pared—. ¿Cómo funciona el mecanismo de la tapa? —preguntó.

—El interruptor de la izquierda —señaló ella.

Había dos. Uno para abrir y el otro para cerrar el sarcófago. Bevis oprimió el correspondiente, y la tapa empezó a descender.

—El sarcófago es grande —dijo—. Por eso puede contener dos cuerpos. —Paseó la vista en torno—. Y el asesino sabía que sólo podía esconder el de Caire en la sepultura del conde Arthur; un hombre solo no hubiera sido capaz, al menos con la rapidez necesaria, de destapar otro de los sarcófagos que existen aquí. No contó con mi visita, y esto es lo que nos ha permitido descubrir el cadáver.

La tapa terminó su movimiento. Entonces, el motor dejó de funcionar automáticamente.

Daphne se retorció las manos con gesto angustiado.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó—. Jamás me había visto en una situación semejante, profesor.

—Habrá que informar a la policía, supongo —contestó Bevis—. Pero antes, dígame, ¿quién era Caine? ¿Por qué estaba en el castillo?

—No lo sé..., es decir, mi primo Oliver me dijo que iba a traer tres huéspedes: Milt Feary, Jason Haroldvar y... y Néstor Caine.

—¿Reside Oliver habitualmente en «Lannegar Castle»?

—Desde hace algún tiempo.

—¿Dónde vivía antes?

—Pasaba la temporada del verano en una casa que posee en Lannegar Village. El resto del tiempo permanecía en Glasgow, donde tiene sus negocios.

—¿Qué negocios?

—Una tienda de... Es anticuario. También vende documentos antiguos... en fin, usted mismo puede imaginarse la clase de

negocio.

—Sí, pero no es como para abandonarlo durante los meses de verano —dijo él—. Puedo admitir que un anticuario cierre la tienda algunos días al año por las vacaciones, pero no durante tres, meses.

—Es que entonces vivía su padre, y era éste quién se quedaba al cargo de la tienda mientras él residía en Lannegar Village. Tomaba la aldea como centro de operaciones para comprar objetos antiguos por los pueblos de la comarca.

—Con lo cual combinaba los negocios con el placer —comentó Bevis—. Y ahora, ¿quién cuida de su tienda?

—Creo que tiene un encargado, pero no estoy segura; no me he preocupado de él ni de su tienda... en ese sentido, me refiero —contestó Daphne.

—Y sus huéspedes, quiero decir, Feary, Haroldvar y Caine, ¿qué hacen en «Lannegar Castle»? ¿Qué excusa le dio su primo para traerlos al castillo?

—Ninguna. Me lo anunció, simplemente.

—¿Y usted los admitió así?

Los labios de Daphne temblaron.

—Sí —contestó con voz muy débil—. Dispénsame, profesor; no me haga más preguntas. Me... me siento terriblemente acongojada... ¡Pensar que en mi propia rasa se ha cometido un asesinato!

—Es usted quien debe perdonarme —dijo Bevis en tono afectuoso—. La curiosidad me venció, créame, Pero ahora habremos de subir arriba y comunicar a su primo lo que ha sucedido. ¿Hay policía en Lannegar Village?

—Un vecino se encarga de las funciones de policía, pero me temo que su ayuda no serviría de nada —contestó ella—. No obstante, representa a la Ley y hemos de poner el hecho en su conocimiento.

—De acuerdo. —Bevis tomó el brazo de Daphne—. Subamos.

Salieron de la cripta. Daphne se volvió para apagar la luz y cerrar la puerta con llave. Entonces, Bevis reparó en un detalle.

—Daphne, ¿cuántas llaves hay de la puerta de la cripta?

—Una, ésta —respondió la muchacha, enseñando la que acababa de usar.

Bevis tomó la llave. Era grande, antigua; aún no había sido

preciso sustituirla, como había pasado con la del archivo.

—¿Dónde la guardaba usted? —inquirió.

—En mi dormitorio. Hay un armario, donde conservo las llaves de la mayoría de los departamentos del castillo que no se usan con frecuencia.

Bevis continuaba examinando la llave.

—Ese armario, ¿está cerrado con llave? —preguntó.

—No. Nunca lo he juzgado necesario —contestó la joven.

Bevis rascó la llave con la uña. Luego examinó ésta, situándose debajo de la lámpara más próxima.

—Alguien obtuvo un molde con cera no hace mucho —dictaminó al cabo—. Fue una persona que entró subrepticamente en su dormitorio y sacó una impresión para reproducir la llave y poder penetrar en la cripta cuando lo creyese oportuno, sin necesidad de molestarla a usted... o quizá, lo más probable, buscando que usted no se enterase de sus andanzas por la cripta. Después de hacer el molde, volvió la llave al armario..., pero dejó adheridos algunos minúsculos fragmentos de cera al hierro.

Daphne estaba llena de asombro.

—Pero ¿qué pueden hacer en esa cripta? —exclamó—. Jamás he negado a nadie la entrada...

—No se trata de que le pidan permiso a usted, permiso que no negaría, por supuesto, ni siquiera de que cediese la llave, cuando usted no tuviese ganas de bajar hasta aquí. Era otra cosa muy distinta; se trataba de poder descender en el momento que les conviniese (a quien o quienes fueran), sin ser visto ni oídos por nadie. ¿Comprende ahora?

Daphne le miraba con los ojos muy abiertos.

Bevis hizo saltar la llave en la palma de su mano.

—No lo sé, pero una cosa puedo asegurarle: la llave no fue duplicada solamente para esconder un cadáver. Esto ha sido una cosa meramente accidental; el asesino ha aprovechado dos circunstancias favorables: poseer la llave y la existencia del motorcito que levanta la tapa del sarcófago. Pero la llave iba a ser utilizada para otra cosa muy distinta. —Meneó la cabeza—. Quizá pronto lo sepamos.

Inmediatamente, emprendieron el ascenso. Bevis condujo a la muchacha al comedor, en donde, del aparador de los licores, sirvió

dos copas, entregándole una de ellas. A continuación, se acercó al cordón de la campanilla y tiró un par de veces.

Scramon no tardó en presentarse. Por indicación del joven, Daphne le dio una orden:

—Tenga la bondad de avisar a mi primo y a sus amigos, Scramon. Dígales que he de comunicarles algo muy importante y que les espero en el comedor cuanto antes.

—Bien, señorita —contestó el mayordomo, inclinándose. Dio media vuelta y salió de la estancia en silencio.

CAPÍTULO VI

Bevis Syler había conocido a Oliver Mac Crobbs el día anterior. El primo de Daphne era un sujeto alto, relativamente fuerte, de cabellos oscuros y mirada taimada, de unos treinta y tres años de edad, en cuyo rostro parecía una nariz ganchuda que le confería un aspecto de ave rapaz nada agradable. Milt Feary vino junto a él, y Bevis lo reconoció en el acto; era el sujeto gordito que se había quejado de la falta de puntería de Mac Crobbs dos días antes.

—¿Dónde está Haroldvar? —preguntó Daphne.

—Trabajando —contestó Oliver secamente—. No puede venir.

—Necesito verle —dijo ella imperativamente—. No creo que esté haciendo una labor tan importante como para no poder abandonarla unos minutos.

—Daphne, tú no estás en condiciones de juzgar si el señor Haroldvar puede o no abandonar su tarea —dijo Oliver, sulfurándose—. ¿Tan importante es lo que tienes que comunicarnos?

La muchacha consultó a Bevis con la mirada.

—Perdóneme, señor Mac Crobbs —intervino el joven—. Han acudido usted y el señor Feary. Dice que Haroldvar está trabajando ahora. ¿Y el señor Caine?

Oliver se sorprendió.

—No sé... ¿Por qué me lo pregunta usted, profesor?

—Su prima y yo acabamos de ver a Néstor Caine. Está en la cripta, en el sarcófago del conde Arthur. Muerto de una puñalada en el corazón.

Un denso silencio se abatió de pronto sobre el comedor.

—Hay ciertas bromas que no me agradan —rezongó Oliver, de pronto—. El señor Caine estaba vivo...

—¿Cuándo? —le interrumpió el joven—. Según he podido apreciar, lleva ya más de dos horas muerto, lo cual significa que le

asesinaron antes del amanecer por lo menos, es decir, aprovechando las sombras de la noche. ¿Cuándo fue la última vez que le vio usted?

—Yo, anoche, después de cenar —declaró Feary.

—Yo también —gruñó Oliver—. De todas formas, eso es absurdo, desatentado. ¡Caine, muerto asesinado! ¡No lo puedo creer!

—Podrás verlo por tus propios ojos —intervino Daphne—. Bajaremos a la cripta y entonces comprobarás que no hemos mentido.

—De acuerdo —dijo Oliver—. Vamos. Cuanto antes resolvamos esta estúpida broma, será mejor para todos. Pero te advierto, Daphne, que no pienso tolerar por más tiempo...

—¡Oliver! —le interrumpió ella vivamente—. Recuerda que todavía soy yo la dueña de «Lannegar Castle».

Mac Crobbs hizo crujir sus mandíbulas. Bevis pensó por unos instantes que iba a contestarle con una grosería, y se dispuso a darle la réplica adecuada, pero Oliver pareció dominarse y, sin pronunciar una sola palabra, salió del comedor.

Los demás le siguieron. En aquel instante, Haroldvar descendía las escaleras que conducían al piso superior.

—¿Qué ocurre? ¿Quién tiene tanta prisa en llamarme? —preguntó.

Oliver soltó una risita de tonos desagradables.

—Mi prima —dijo—. Sostiene la pintoresca teoría. La que Néstor Caine ha muerto apuñalado y que está sepultado en el sarcófago del conde Arthur.

Haroldvar abrió la boca desmesuradamente.

—¡Qué barbaridad! —exclamó con acento de asombro—. Pero ¡si anoche le vi yo, y se hallaba magníficamente!

—Señor Haroldvar —terció Bevis—, en su opinión, ¿cuánto tiempo se necesita para acuchillar mortalmente a una persona?

—No lo sé. Carezco de experiencia sobre el particular —respondió el aludido mordazmente.

—Bien, es posible que anoche, después de cenar, Caine, estuviese aún vivo. Pero de lo que no cabe la menor duda es que antes del desayuno ya había muerto. Si tienen la bondad de seguirnos a la señorita Mac Gyll y a mí, podrán comprobar la

veracidad de nuestras palabras.

—¡Lo que me voy a reír cuando vea el sarcófago vacío! —dijo Oliver con su característica voz cloqueante.

Bevis dirigió una rápida mirada al primo de Daphne. Luego, sin añadir palabra, emprendió la ascensión.

Minutos más tarde, se hallaban los cinco en la cripta. Bevis, sin vacilar, se dirigió al muro y oprimió el interruptor que ponía en funcionamiento el mecanismo de apertura.

La tapa empezó a separarse lentamente, Syler esperó a un lado, junto a Daphne, espiando atentamente los rostros de los tres sujetos.

Cuando vio que la tapa había alcanzado su posición vertical, cerró el contacto.

—¿Y bien? —dijo ahora.

Oliver se asomó al sarcófago. Luego, volviéndose a la pareja, les miró unos instantes, antes de romper en una homérica carcajada.

—Ya dije antes que me iba a reír mucho... —Las risotadas apenas le dejaban hablar—. ¡Caine, apuñalado! ¡Es graciosísimo! ¿No les parece, amigos?

Bevis y Daphne se contemplaron mutuamente durante unos segundos, completamente desconcertados por las estruendosas carcajadas de Mac Grobbs. De pronto, el joven, saliendo de su estatismo, dio un salto hacia adelante y se asomó al sarcófago.

¡El cadáver había desaparecido!

Sólo estaba el cuerpo momificado del conde Arthur, vestido con ropajes de quinientos años atrás y con los rasgos faciales terriblemente alterados por el paso del tiempo.

Atónito, Bevis dio un paso atrás. Oliver continuaba riendo.

Se dio cuenta de que los otros no reían por pura cortesía, pero que estaban conteniéndose a base de esfuerzos bien visibles.

—¡Daphne y yo vimos el cadáver de Caine! —exclamó, colérico.

—Profesor —dijo Oliver—, creo que se ha dejado influir por la fama de «Lannegar Castle». Quizá ha sufrido una alucinación.

—¿También su prima ha padecido una alucinación? —le interrumpió el joven, muy excitado.

—Por favor —aconsejó Daphne—, cálmese, profesor. —Miró a su primo—. Es posible que hayamos sufrido un error, en efecto. Si es así, ¿dónde está su amigo Néstor Caine?

Mac Grobbs se quedó cortado un instante, sin saber qué

responder.

Haroldvar le salvó al dar una respuesta que parecía congruente:

—Señorita Mac Gyll, usted sabe bien que cada uno tenemos nuestras costumbres; se nos recomendó a nuestra llegada a «Lannegar Castle», que obrásemos a nuestro antojo, naturalmente, sin molestar a los demás. Habrá salido de paseo; hace un tiempo magnífico.

Oliver cerró la tapa del sarcófago.

—Estamos perturbando el descanso de los muertos —dijo—. Salgamos de aquí.

No había nada que objetar a la proposición. Remontaron la escalera de caracol, en medio de un sombrío silencio, solamente interrumpido por las pisadas de las cinco personas.

Al llegar al corredor, vieron a Scramon que salía a su encuentro con una carta en la mano.

—Señorita —dijo el mayordomo—. Mary encontró esta carta sobre la mesilla de noche del dormitorio del señor Caine, cuando lo estaba arreglando. Se la olvidó entregársela antes, ocupada con la limpieza.

—Démela —dijo Daphne, tomando el sobre y rasgándolo en el acto.

Extrajo una cuartilla de su interior y leyó atentamente su contenido. Luego miró al joven.

—Se ha marchado de «Lannegar Castle» —dijo.

Bevis tomó la misiva y leyó los renglones escritos. Néstor Caine agradecía vivamente la hospitalidad que le había sido dispensada y lamentaba no poder despedirse de la castellana, debido a la urgencia de su marcha.

—¿Te has convencido ya? —exclamó Oliver chillonamente—. Daphne, es hora ya de que te cases y abandones esas locas ideas que bullen en tu linda cabecita. El matrimonio, más un par de críos, te conferirían esa estabilidad mental que...

—¡Si vuelves a insinuar que estoy loca, te abofeteo! —exclamó Daphne con la voz crispada—. El profesor y yo vimos el cadáver de Caine, y nada ni nadie nos hará cambiar de opinión.

—Entonces, ¿por qué no avisas a la policía? —Oliver rió sarcásticamente—. No hay acusación viable sin corpus delicti, querida prima.

—Se equivoca usted —dijo Bevis fríamente—. La acusación puede presentarse cuando hay indicios suficientes para creer en la existencia de un crimen, aunque no aparezca el cadáver de la víctima. Y tanto la señorita Mac Gyll como yo vimos el cadáver de Caine y estamos dispuestos a declararlo bajo juramento donde y ante quien sea.

Oliver se turbó un poco.

—De todas formas, les costaría mucho hacer que un juez apreciase esos «indicios suficientes» de que usted habla —alegó—. Esa carta lo dice bien claramente; Caine se ha ausentado del castillo porque tenía algo urgente que resolver en Glasgow.

Repentinamente, sin previo aviso, Daphne giró sobre sus talones y se marchó a su habitación. Oliver meneó la cabeza y luego soltó una risita.

—¡Pobre muchacha! ¡Tiene algo de histerismo y de ello es culpable su soltería! En cuanto se case... Bien, será mejor que nos dejemos de comentarios y volvamos a nuestra tarea.

—Perdón —rogó Bevis cortésmente—, ¿les molestaría mucho decirme en qué trabajan?

Oliver le dirigió una mirada irritada.

—Soy anticuario —dijo—. Estos amigos míos son expertos, y me ayudan a restaurar los objetos de arte antiguos que compro en la comarca, con la idea de volverles a su primitivo aspecto y poder conseguir así un mejor precio de venta.

—Muchas gracias —contestó el joven. La respuesta estaba acorde con los informes que le había facilitado Daphne respecto a su primo.

Los tres hombres se encaminaron hacia la escalera que conducía al piso donde él tenía su habitación. Bevis releyó la carta por segunda vez, con gesto reflexivo. En apariencia, era una misiva normal, en la que no se advertía nada que pudiera infundir sospechas.

Pero notó que algo faltaba en aquellos renglones escritos. La carta, aunque completa de la fecha a la firma, tenía falta de algún detalle, que Bevis no pudo descubrir, por más que se esforzó en ello. Suspirando, dobló la cuartilla y la guardó en el bolsillo.

Bajó al comedor y se sirvió una segunda copa. Mientras tanto, su imaginación trabajaba activamente.

Caine había sido asesinado; de ello no le cabía la menor duda. Él había tocado su mejilla fría y había desabrochado y abrochado sucesivamente la chaqueta, después de examinar la herida fatal.

Pero mientras estaba con Daphne en el comedor, alguien había sacado el cadáver del sarcófago y lo había escondido en otro sitio.

¿Dónde?

Implícitamente, Daphne había admitido la existencia de pasadizos secretos, aunque ella no había visto ninguno hasta entonces. Pero los había.

Cabía la posibilidad de que el asesino de Caine conociese alguno de aquellos rincones secretos del castillo. Entonces, el cadáver debía hallarse en un lugar inaccesible para él, dado que desconocía por completo la topografía interior de la fortaleza, salvo los lugares de residencia habitual. ¿Cómo hallar aquella estancia secreta?

De pronto, chasqueó los dedos. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

El plano del castillo estaba en el archivo. Resultaba muy posible que el constructor dibujase en el mismo los rincones escondidos que no debían ser conocidos salvo por el dueño y algunos de su confianza. No era concebible que otras personas —sirvientes, escuderos y guerreros de la pequeña corte de «Lannegar Castle»— supieran descifrar los signos grabados en el pergamino; la incultura remante en el medievo era general, y sólo poquísimas personas estarían en condiciones de interpretar los trazos de un plano.

Animado por aquella idea, abandonó el comedor y se dirigió hacia la escalera. Cuando llegó a lo alto, vio a Scramon con una daga de afilada hoja, aguda como un punzón, acercándose a una de las panoplias que había en el muro.

—¿Qué es eso, Scramon? —pregunto, curioso.

—Me la entregó la señorita para que la devolviera a su sitio, señor —contestó Scramon respetuosamente—. Por lo visto, la tenían en su cuarto y...

Las restantes palabras del mayordomo ya no penetraron en el cerebro de Bevis. Aturdido por la inesperada revelación, continuó su camino en dirección al archivo.

Cinco minutos más tarde, soltaba la cinta que ataba los rollos de pergamino.

CAPÍTULO VII

Había en el centro del archivo una mesa con un par de sillas, destinadas una y otras a facilitar la tarea de los estudiosos que quisieran investigar en los documentos que allí se guardaban. Una vez hubo soltado las cintas que ataban el rollo, lo desplegó, extendiéndolo sobre la mesa. Necesitó utilizar dos fajos de documentos para sujetarlo desenrollado, ya que tendía a enrollarse por sí solo.

Durante largo rato estuvo examinando los dibujos trazados sobre el pergamino casi seiscientos años. Meneó la cabeza. Necesitaría ir recorriendo todas las estancias, con el plano en la mano, comprobándolas una por una... y luego examinándolas detenidamente para ver si en ellas se escondía el cadáver de Caine.

Una frase a su juicio comprometedora acudió de pronto a su mente. La había pronunciado Mac Crobbs cuando le dijeron que Caine estaba muerto.

—¡Lo que me voy a reír cuando vea el sarcófago vacío!

¿Qué sabía Oliver sobre el particular? Si él —o alguno de sus amigos—, había matado a Caine, parecía lógico esperar que el cadáver hubiera desaparecido.

Frunció el ceño. Acaso les habían, estado espionando sin que se dieran cuenta y, al advertir que habían descubierto el asesinato, se habían dado prisa en hacer, desaparecer el cuerpo.

A su juicio, sólo una persona había podido ser la autora del hecho.

Jason Haroldvar, el último en acudir a la llamada de Daphne.

Estaba trabajando y no se le podía molestar, fueron los argumentos que empleó Mac Crobbs.

—¡Y tanto que no se le podía molestar! —murmuró el joven a media voz—. Resulta muy desagradable para un hombre que está cambiando a un cadáver de sitio ser llamado inoportunamente. Es

lógico que tenga sumo interés en no abandonar semejante «trabajo».

De nuevo se enfrascó en el examen del plano. ¡Si pudiera recorrer el castillo!

Encontró el torreón del lado Norte y marcada en él su habitación, con las medidas en pies y pulgadas. La escalera principal estaba asimismo indicada y la escalerilla por la cual había llegado hasta una puerta cerrada conducía, según pudo apreciar, a la plataforma del torreón.

—No es ningún cuarto secreto —murmuró, acaso un tanto decepcionado.

Suspiró melancólicamente. Debía irse.

Antes de hacerlo, encendió un cigarrillo. Una vez más, volvió a leer la carta que Caine había dejado para la muchacha.

Allí faltaba algo. Bevis no sabía qué era; le parecía como si estuviese contemplando un tablero de ajedrez, al cual le hubiesen sustraído uno de sus cuadros, blanco o negro, tanto daba, pero no pudiera localizar cuál de ellos era el sustraído. A la carta de Caine le sucedía algo muy similar.

—Lo veré más adelante —murmuró—. Cuando menos lo espere...

Dobló la cuartilla y se la metió en el bolsillo. Luego se dispuso a guardar el plano.

De pronto, vio algo que le extrañó. Al pie del gran dibujo, en el ángulo derecho, divisó una pequeña inscripción y unos números.

La inscripción decía:

HECHO POR ROBUR MACAUDLEY EL
15-5-1449

Enarcó las cejas. Según sus noticias, el castillo era bastante más antiguo, cincuenta años por lo menos. ¿Por qué el plano llevaba la lecha de mil cuatrocientos cuarenta y nueve?

A su derecha tenía las actas. Estaba práctico en la lectura de documentos antiguos, tanto en inglés arcaico como en el latín de la época. Las actas estaban redactadas en ambos idiomas, tal como solía hacerse en ocasiones semejantes.

Según ellas, el castillo había sido construido a instancias de Angus, segundo conde de Mac Gyll, y la colocación de la primera piedra se había efectuado el 9 de marea de 1398.

—Cincuenta y un años antes que la fecha del plano —exclamó—. ¡Esto es absurdo! ¡El plano tiene que ser siempre anterior a la obra!

Continuó leyendo las actas fundacionales. Un párrafo llamó sobremanera su atención.

IOHANNES MAGUNTIAE PECIT...

«Juan de Maguncia hizo...», tradujo. Juan de Maguncia, alemán, había sido el constructor del castillo.

Los constructores alemanes habían tenido fama en el medievo. De todas partes de Europa se les llamaba para construir catedrales sobre todo, pero también fortalezas. Angus Mac Gyll había contratado los servicios de Juan de Maguncia para que le construyese el castillo.

Por lo tanto, si la primera piedra se había colocado en 1398, el plano original debía llevar, por lo menos, aquella fecha, pero nunca una cincuenta y un año posterior.

Además, en el plano que tenía ante sí lo decía bien claramente: había sido hecho por Robur Mac Audley..., ¡y estaba escrito en inglés, no en latín!

¿Qué misterio se encerraba en aquella discordancia de fechas?

Palpó cuidadosamente el pergamino del plano. Parecía legítimo, es decir, hecho en la fecha indicada; el falsificador, en todo caso, no hubiera descuidado jamás aquel detalle tan importante, que hubiera echado por tierra al instante todo su trabajo.

Pronto llegó a una conclusión.

El plano que tenía ante sí no era el original; se trataba de una copia realizada medio siglo más tarde.

—Estoy tratando de ver fantasmas donde no los hay —sonrió—. Es posible, lo más seguro, que el plano que hizo Juan de Maguncia se destruyera o se estropease de tal modo, que fuese necesario realizar uno nuevo, labor de la que se encargó Robur Mac Audley, por deseo del conde Arthur. Y la inscripción que hay al pie significa que el plano copia fue hecho por Mac Audley, simplemente.

Enrolló el plano y las actas, devolviendo todo a su sitio. Luego salió del archivo.

Tras algunas vacilaciones, se dirigió a la habitación de la castellana.

Llamó a la puerta con los nudillos. Momentos después, oía la voz de Daphne.

—¡Adelante!

Hizo girar el pomo y empujó la puerta, cerrando a continuación.

Daphne se hallaba vuelta de espaldas a él, contemplando el paisaje a través de una de las dos grandes ventanas de que disponía su dormitorio.

—¿Qué quiere, Scramon?

—Perdón, señorita Mac Gyll, no soy el mayordomo.

Ella emitió un ligero grito de sorpresa y se volvió.

—Oh, es usted —dijo, respirando fuertemente.

Bevis se dio cuenta de que la muchacha tenía los ojos encarnados. Vio un pañuelo apretado entre los dedos de su mano derecha, y ello confirmó sus suposiciones.

—Ha estado llorando —dijo.

Daphne se sonrojó fuertemente.

—Lo siento, profesor —murmuró.

Bevis avanzó hacia ella.

—No debe sentirlo. Una mujer no ha de tener reparo en llorar cuando la ocasión lo requiere. Es cierto que las lágrimas no resuelven nada, pero desahogan bastante.

—Son unas palabras muy consoladoras —sonrió ella.

—Simplemente, trato de ayudarla, señorita Mac Gyll. Ya sé que su situación no es buena y que, además, está complicada por las pretensiones de su primo. Si tuviese muchísimo dinero, rescataría la hipoteca que pesa sobre «Lannegar Castle» y...

Se detuvo de pronto, dándose cuenta de que había cometido una imprudencia al comentar algo que no sabía directamente por los interesados.

—Tendrá que disculparme —declaró, avergonzado—. Escuché una conversación, sin querer, entre su primo y usted, y me enteré de algunas cosas de las que usted, acaso, no quiere que se hagan públicas. Pero puede tener la seguridad —añadió precipitadamente—, que sabré mantener mi discreción en todo momento.

—Así que lo sabe usted, ¿eh? —murmuró Daphne.

—Sí, y repito que seré discreto. Pero Oliver mencionó un medio para obligarla a usted.

Daphne enderezó el cuerpo.

—Oliver conoce mi cariño hacia «Lannegar Castle», y sabe lo duro que me resultaría abandonarlo, después de casi seiscientos años de haber pertenecido a la familia. Si no accedo a sus pretensiones, ejecutará la hipoteca y yo tendré que abandonar el castillo.

—¿Cómo la obligará para que no lo haga?

—No me obligará. Simplemente, me plantea un dilema: o me quedo sin «Lannegar Castle», o si quiero seguir aquí, he de casarme con él.

El silencio gravitó repentinamente sobre la estancia.

—Me abstengo de calificar la actitud de su primo por respeto a usted misma, señorita Mac Gyll —declaró Bevis al cabo—. Hace quinientos años —agregó—, otro Oliver Mac. Crobbs desempeñó también el papel de villano. Su felonía la pagó un inocente: el conde de Squathmore.

—Así es —confirmó la muchacha—. Pero ahora estamos en el siglo XX, y el que un antepasado de Oliver cometiese una canallada, no resuelve mi situación actual.

—Lo sé. Quise establecer un paralelo entre los dos hombres. El antepasado de Oliver Mac Crobbs acusó a Squathmore de hacer requerimientos amorosos a la condesa de Mac Gyll, y es por esto que el conde Arthur lo condenó a morir de hambre y sed. En realidad, había sido Oliver Mac Crobbs el pretendiente desdeñado y descubierto precisamente por Squathmore, por lo que se vengó, denunciando a éste precisamente. ¿No ocurrió así?

—En efecto. Mac Crobbs fraguó pruebas escritas que comprometían gravemente a la condesa y a Squathmore... pero eso pasó hace cinco, siglos.

—No me extrañaría, a pesar de todo, que el actual Mac Crobbs hubiese hecho algo parecido.

Daphne arqueó las cejas.

—¿Cómo dice, profesor?

—Hace un rato, me encontré a Scramon con una daga en la mano. Iba a colocarla en la panoplia y me dijo que usted misma se la había dado. Sospecho que Oliver la dejó en su dormitorio después de asesinar a Caine, con el fin de comprometerla a usted, despedido por su negativa a casarse con él.

Daphne sonrió tristemente.

—Oliver sería capaz de una cosa semejante, desde luego, pero, en la presente ocasión, al menos, resulta inocente. Yo misma traje la daga a mi dormitorio para abrir unas cartas que recibí hace días.

Bevis hizo una mueca de desencanto.

—Parece ser que mis facultades detectivescas son ínfimas.

—No se preocupe —sonrió ella—. Y, por favor, olvide lo que hemos hablado.

—Si usted lo dice... Pero no puedo olvidar el cadáver de Caine. Ambos lo vimos; a nosotros no se nos puede engañar.

—Lo han escondido, aunque ignoro dónde, profesor.

—He estado examinando el plano del castillo, en busca de algún cuarto secreto. Pero sin recorrer todas las estancias de la fortaleza, una por una y con una cinta métrica en las manos, además, a fin de comprobar meticulosamente las medidas, resulta imposible dar con esa supuesta habitación secreta..., suponiendo que el cadáver no esté en el dormitorio de alguno de ellos, en espera de que llegue la noche para deshacerse de él definitivamente.

—Si fueron ellos —dudó Daphne.

—Usted no fue, yo tampoco..., ¿quién, entonces?

Pero ni la muchacha ni él se hallaban en situación de encontrar en aquellos instantes una respuesta adecuada.

CAPÍTULO VIII

En alguna parte, un reloj dio las doce campanadas de la medianoche.

La última campanada vibró largamente, con decreciente intensidad, hasta que el silencio volvió totalmente al interior del castillo. Bevis esperó todavía algunos minutos antes de atreverse a abrir la puerta.

Sacó la cabeza y escuchó. No se percibía el menor sonido.

Salió del dormitorio. Las suelas de goma de sus zapatillas de paseo acallaban totalmente sus pasos.

Llegó al corredor y se encaminó directamente a la puerta que daba a la escalera de caracol que conducía a la cripta. Antes de encender la luz, cerró a sus espaldas, a fin de no dejar que saliese al pasillo ninguna clase de resplandor.

Descendió poco a poco, deteniéndose de cuando en cuando a escuchar. Al fin llegó al rellano inferior.

Encendió la luz de la cripta, abrió y pasó a su interior, cerrando tras sí acto seguido. Dio unos pasos y quedó casi en el centro, inmóvil, en actitud meditativa.

¿Qué buscaba allí?

Ni él mismo lo sabía. Únicamente estaba en condiciones de afirmar que se había cometido un asesinato, pero no de probarlo.

Recordó la conversación que había escuchado en la loma de las encinas. El disparo, que Milt Feary había juzgado intencionadamente, pese a las protestas de Mac Crobbs... las duras frases cruzadas entre ambos...

¿Quiénes eran aquellos tipos? ¿Qué hacían en «Lannegar Castle»?

A pesar de las manifestaciones de Mac Crobbs respecto a sus actividades de restauración de obras de arte antiguas, Bevis no estaba muy convencido de ello.

Pero tampoco podía alegar nada en contra. Y le resultaba forzoso contentarse con las explicaciones recibidas.

Caminó media docena de pasos más, acercándose al sarcófago del conde Arthur. Sonrió al ocurrírsele de pronto un pensamiento. ¿En qué estancia del castillo se encontraría su espectro en aquellos instantes?

Lo malo era, se dijo, que ya no habría ningún Squathmore que le perdonase. El último conde había muerto sin descendencia.

Recorrió la cripta detenidamente. Ansiaba ayudar a la muchacha, pero ignoraba la forma de conseguir un resultado positivo. Disponer de los varios miles de libras que representaba la hipoteca era para él tanto como alcanzar la luna con sólo un par de alas de cera.

—Tendrá que abandonar «Lannegar Castle» —soliloquió—. Y los huesos del conde Arthur se estremecerán en su tumba cuando, desde el más allá, sepa que un descendiente del traidor es precisamente el propietario del castillo.

Repentinamente, oyó un golpe sordo por encima de su cabeza.

El ruido, no muy fuerte sin embargo, se propagó con facilidad a través de la bóveda de la cripta. Bevis alzó la cabeza instintivamente.

El punto más alto de la bóveda de la cripta se hallaba a unos cuatro metros por encima de su cabeza. El techo debía tener un metro de grosor, por lo menos, lo cual daba cinco en total. Al otro lado se hallaba el suelo del gran vestíbulo.

¡Pero la escalera de la cripta era mucho más larga!

Una súbita inspiración brilló de pronto en su mente. Sin entretenerse apenas, echó a correr, cerró la puerta, apagó la luz y empezó a subir, contando cuidadosamente los peldaños.

Caña uno de ellos medía alrededor de los veinte centímetros de altura. Cinco peldaños, un metro; diez, dos; veinte peldaños, cuatro metros... veinticinco peldaños...

Y todavía quedaban al menos cincuenta peldaños antes de llegar al corredor del primer piso.

En resumen, se dijo, la diferencia del suelo de la cripta con el del corredor era de setenta y cinco peldaños, que significaban quince metros de desnivel.

Del suelo del corredor al del vestíbulo había cinco metros,

debido a la monumentalidad de la gran escalinata. Por lo tanto, quedaba un espacio de cinco metros que no encajaba por ninguna parte.

¿Había descubierto una de las estancias secretas?

Aplicó el oído a la pared y escuchó cuidadosamente, sin conseguir percibir el menor sonido. Tenía la absoluta seguridad de que aquel ruido se había producido directamente sobre su cabeza... ¡en el hueco que había entre la cripta y el suelo del vestíbulo, sin dudas de ningún género!

Examinó los muros con la mayor atención. Por allí no se podía entrar. ¿Dónde estaba la puerta que conducía a la habitación secreta?

Al cabo de unos momentos, encontró —o creyó haber encontrado— la solución: consultaría el plano.

Pero una duda asaltó su mente en el acto: ¿estaría registrada aquella habitación en el plano que no era el original?

—¿Por qué no iba a estarlo? —se dijo a sí mismo en alta voz—. Es una simple copia del original, destruido o estropeado sabe Dios cómo.

Relativamente tranquilo al respecto, aunque un tanto nervioso por el descubrimiento que acababa de hacer, emprendió el ascenso. En el momento en que salía al corredor, sintió un fuerte golpe en la cabeza.

Todo giró vertiginosamente en torno suyo. Mientras caía, oyó un vago rumor de voces, pero fue incapaz de entender lo que se hablaba.

Después cayó en un profundo desvanecimiento.

Los golpes repercutieron dolorosamente en el interior de su cráneo. Bevis se removió en la cama, tapándose los oídos para no escuchar aquellos retumbos que parecían otras tantas saetas de fuego que le taladraban el cerebro.

De pronto, sintió que una mano le tocaba el brazo. Scramon dijo:

—Profesor, profesor...

Bevis se revolvió un poco y abrió los ojos.

—Hola, Scramon —dijo—. ¿Pasa algo?

—La señorita Daphne se extrañó de que no hubiese comparecido al desayuno —manifestó el mayordomo—. Me envía para

interesarme por su estado de salud.

—Estoy bien... Oh, mi cabeza —gimió, llevándose una mano a la nuca—. Me duele horriblemente.

—Si lo desea, puedo traerle unas tabletas de aspirina, profesor —ofreció Scramon cortésmente.

—No, gracias. Se... se me pasará enseguida, bajo la ducha... Dígale a la señorita Daphne que acudirá enseguida... ¡Diablos, he dormido de veras, Scramon!

—Son los aires de «Lannegar Castle» —sonrió el mayordomo comprensivamente. Y Bevis entendió que Scramon pensaba que se había emborrachado. «Mejor que lo crea así», resolvió finalmente.

Luego se levantó y caminó hasta el cuarto de baño contiguo. Pese a su indiscutible antigüedad, los propietarios del castillo lo habían remozado en algunos aspectos en los cuales no pensó Juan de Maguncia al trazar los planos.

El agua fría alejó considerablemente los dolores que entrecruzaban su cerebro como una red maligna. Después de secarse, se vistió y descendió al comedor, en donde Daphne le estaba esperando, al parecer bastante nerviosa.

—Profesor —exclamó al verle, avanzando hacia él.

—¿Qué tal, señorita Mac Gyll? Le ruego me excuse la tardanza.

—Tendrá que dispensarme por haber enviado a. Scramon —dijo Daphne—. Ya sé que le dije que tenía su horario libre, pero me sentía muy impaciente.

—No se preocupe —sonrió él—. En cierto modo, me alegro de que me haya despertado. Tengo noticias para usted.

Acto seguido procedió a relatarle todo cuanto había hecho la noche anterior, sin omitir el golpe recibido y que le había causado tan profundo desvanecimiento. Daphne se asombró enormemente al escuchar sus palabras.

—¡Dios mío! —exclamó, cuando él hubo terminado—. ¿Quién pudo ser, profesor?

—Su primo o bien uno de los amigos de su primo. Oiga, Daphne, y perdóneme la confianza, ¿es posible que tanto Feary como Haroldvar estén aquí solamente para restaurar antigüedades? ¿No lo harían mejor, en mi opinión, en la tienda de Glasgow, donde podrían disponer de mejores medios?

—Lo siento —respondió ella—. Es lo que me dijo Oliver... y si

les tolero es porque ya me queda poco tiempo de vivir en el castillo. De no ser por las circunstancias que le he hablado, Oliver y sus amigos ya no estarían aquí. Ahora ya, ¿qué más me da? ¿Comprende?

—Sí, desde luego. Pero si quiere que le dé mi opinión, aquí se está tramando algo turbio. La muerte y posterior desaparición del cadáver de Néstor Caine lo demuestran palpablemente.

—Es cierto. Y el caso es que no podemos denunciarles. Existe la carta de Caine despidiéndose de mí.

Bevis se pellizcó el labio inferior.

—Habría que hacer algo —dijo—. Esa habitación secreta me preocupa, Daphne. ¿Conocía usted su existencia?

—No, en absoluto. Es más, ni siquiera tengo idea de por dónde se puede acceder a ella.

Bevis chasqueó los dedos súbitamente.

—¡Vamos a consultar el plano! Allí lo encontraremos todo, ya lo verá.

—Espere —dijo ella—. ¿No quiere desayunarse antes?

—Tomaré una taza de té, simplemente; ahora no tengo apetito.

Momentos después, salían del comedor, encaminándose hacia el archivo. Bevis abrió las puertas y, una vez hubo dejado paso a la muchacha, se encaminó hacia el estante donde se bailaba el plano.

Al llegar allí, se detuvo como herido por el rayo.

—¡El plano ha desaparecido! —exclamó.

—¡Qué! —gritó Daphne sin aliento—. ¿Está usted seguro?

—Absolutamente —declaró Bevis en tono enfático.

La joven le miró, desconcertada.

—Han sido «ellos» —murmuró.

—Sí. No les interesa que encontremos esa habitación misteriosa.

—Ahora comprendía por qué le habían golpeado.

Callaron un momento.

—¿Tendría que ver la habitación secreta —dijo él, de pronto— con la fecha en que fue hecha la copia del plano por Robur Mac Audley?

—Es posible —convino la muchacha en tono reflexivo.

—La primera piedra de «Lannegar Castle» se colocó en mil trescientos noventa y ocho —dijo él, hablando con gran lentitud—. Y el plano que dibujó Robur Mac Audley tiene fecha de mil

cuatrocientos cuarenta y nueve.

—Quizá no se hizo esa copia porque se había destruido el original —dijo Daphne.

—¿Qué significan sus palabras? —preguntó él.

—¿Acaso alguien tuvo mucho interés en ocultar una habitación secreta? —Siguió ella—. Una estancia que sólo debía ser conocida de una persona; el entonces actual dueño del castillo, Arthur, cuarto conde de Mac Gyll.

—¡Cómo! —gritó el joven, empezando a comprender—. ¿Quiere decirme que el plano que vi ayer yo era un plano relativamente falso?

—Así es —respondió Daphne en tono firme—. Sobre todo, sin considera que, según la leyenda. Bevis Squathmore murió en ese mismo año de mil cuatrocientos cuarenta y nueve.

CAPÍTULO IX

Bevis Syler trataba de analizar las palabras de la muchacha.

—Entonces —dijo—, todo resulta claro y diáfano como la luz del día. El conde Arthur mandó hacer un nuevo plano, con objeto de que nadie pudiera encontrar jamás los restos del hombre a quien encadenó para que muriese de hambre y sed.

—Pero, entonces, ¿por qué Mac Audley firmó con una fecha tan delatora? —exclamó Daphne, desconcertada.

Bevis reflexionó unos momentos.

—Se me ocurren varias explicaciones, cualquiera de ellas lógica. Robur Mac Audley se sintió orgulloso de su obra, y quiso que su nombre pasara a la posteridad. Posiblemente, el conde Arthur pasó por alto tal detalle. O bien era analfabeto, cosa que sucedía entonces con muchos nobles, quienes consideraban que saber leer y escribir era denigrante para ellos. Hay, en fin, una tercera hipótesis y es que el nombre de Mac Audley y la fecha están escritos a ras del ángulo inferior derecho. Es preciso desenrollar el plano absolutamente, por completo —agregó el joven con énfasis— para poder advertir ese detalle. ¿Y si Robur, al enseñar el plano al conde Arthur, dejó una vuelta de rollo para que el dueño del castillo no se diese cuenta de la firma?

—Cualquiera de esas explicaciones es buena y válida —admitid, ella—. Pero el caso es que ahora, el plano ha desaparecido.

—Un momento, un momento —dijo el joven, moviendo las manos—. Creo que en todo lo que hemos dicho hay un pequeño error.

—No lo entiendo —declaró Daphne.

—Supongamos que Oliver —o uno de sus amigos— han robado el plano, porque no quieren que veamos la situación de la habitación secreta que está ubicada entre la cripta y el vestíbulo.

—Sí, eso parece lo lógico.

—Pues bien, esa habitación no es la misma en que murió Squathmore. Al ordenar dibujar un nuevo plano del castillo, es evidente que el conde Arthur hizo suprimir la estancia donde murió su prisionero.

—Desde luego.

—La habitación que podemos llamar de Oliver, figura en el plano. Éste no desea que hallemos ni su situación ni mucho menos la entrada. Por lo tanto, roba o hace robar los planos golpeándome, por si acaso... recuerde que no es la primera vez que toman un molde de cera. Suponiendo que fuese la misma en que murió Squathmore, no tendría ningún interés en esconder un plano en el que no figura dicha habitación, ¿me comprende usted?

Daphne asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Luego hay dos estancias secretas —dijo.

—Exactamente. Y ahora, nuestro interés se centra en hallar la que ocultan Oliver y los suyos.

—Sí, pero ¿cómo?

Hubo una pausa de silencio.

—No lo sé —respondió Bevis, al cabo—. Oiga, ¿por qué no nos vamos a dar un paseo por el campo? Hace un buen día y quizá el aire libre nos aclare un poco las ideas, ¿no le parece?

—Sí, es una excelente idea —aprobó la muchacha.

De pronto, oyeron el ruido del motor de un automóvil.

Bevis se precipitó hacia la ventana más próxima y la abrió. Daphne se apretujó contra él, a fin de poder mirar lo que cedía en el patio, adonde daba justamente aquella ventana.

Una furgoneta cerrada entraba en aquellos instantes. Viró hasta situarse al pie de la pequeña escalinata que accedía a la entrada y se detuvo allí.

Bevis leyó el rótulo que la furgoneta llevaba pintado en uno de sus costados.

MALCOLM MAC CROBBS E HIJO. ANTICUARIOS
405, REGENT STREET GLASGOW

—Es el nombre de la razón social —explicó la muchacha.

—Entiendo —murmuró Bevis—. ¡Mire! —exclamó de pronto.

Dos hombres salían del castillo en aquel momento, portadores de una caja de madera no muy grande pero que, sin embargo,

parecía bastante pesada. Oliver Mac Crobbs y Jason Haroldvar hacían grandes esfuerzos para sostener la caja, que fue depositada en el interior de la furgoneta, cuyas puertas traseras había abierto su conductor.

—Ahí no cabe el cuerpo de un hombre —dijo Bevis.

Oliver y Haroldvar entraron de nuevo en el castillo, volviendo a salir poco después con sendas cajas, también pesadas pero de la mitad de tamaño que la anterior. Hablaron brevemente con el conductor, y éste, después de asentir, cerró las puertas, volvió a la «cabina» y arrancó en el acto.

—Otras veces también han hecho lo mismo —manifestó la muchacha—. Deben ser los objetos restaurados que envían a la tienda de Glasgow.

—Sí, pero ¿por qué restaurarlos aquí y no en Glasgow? Y, sobre todo, ¿por qué lo hacen en una estancia cuya ubicación no les interesa que se conozca?

Daphne se sintió incapaz de responder a las preguntas del joven.

—Será mejor que aclaremos nuestras ideas, dando un paseo por el campo, como sugirió antes.

Estaban sentados a la sombra de un grueso roble, a unos tres kilómetros del castillo, cuya silueta se recortaba nítidamente sobre el esplendoroso azul del cielo. Callaban, sumidos en sus propias reflexiones, después de haber agotado por el momento todos los temas de conversación.

Bevis miró a hurtadillas a la muchacha. Le gustaba Daphne, no lo podía remediar. Y en cierto modo, sentía la egoísta alegría de saber que no era rica y que no había ninguna fortuna por medio que un día pudiera obstruir sus pretensiones. Discreto, no obstante, pensaba que era aún demasiado pronto para expresar alguna sugerencia al respecto.

Dejaría pasar algún tiempo... Sobre todo, le convenía antes cerciorarse de que también ella se sentía inclinada hacia él. No era presumido en modo alguno, pero, estimaba que Daphne podía concebir un día ciertos sentimientos más profundos que el de la simple amistad.

De repente, ella dijo:

—No se lo he preguntado todavía, pero ¿por qué no trajo usted a sus padres? Según creo recordar, es soltero, ¿no?

—Cierto, pero no tengo padres —contestó Bevis—. Murieron cuando yo tenía dos años apenas de edad. Fui recogido por unos tíos, parientes de mi madre, los cuales cuidaron de mí hasta que terminé mis estudios. Estoy solo en el mundo.

—Hasta que se case —sonrió Daphne.

—Algún día encontraré mi pareja ideal —contestó Bevis—. No tengo vocación de soltero; lo que pasa es que ninguna de mis numerosas «pretendientes» —agregó riendo— era lo suficientemente buena para mí.

Daphne rió también cristalinamente. De pronto, una voz que sonaba a sus espaldas les hizo volver la cabeza.

—¡Me gusta la alegría de la juventud, palabra!

Bevis se puso en pie de un salto, un tanto extrañado y aún alarmado por la presencia del individuo que había hablado y a quien no habían visto llegar hasta ellos, hasta que sonó su voz. Era un hombre cincuentón, con gafas de color ambarino, vestido un tanto estrafalariamente y que llevaba pendiente del hombro una bolsa semirrígida, de lona y cuero. En la mano izquierda sostenía una red cazamariposas.

—¡Oh! —se disculpó el recién llegado—. Sin duda, he interrumpido un grato coloquio entre enamorados.

Daphne se sonrojó. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, el hombre se presentó:

—Marcus

O'Paugh,

entomólogo; a su disposición, señorita; señor. Una vez más he de rogarles disculpen mi absurda intromisión, pero es que soy un tanto entrometido por naturaleza. No lo puedo evitar, lo cual me ha costado algún disgusto en más de una ocasión —agregó

O'Paugh

con simpática sonrisa.

—Yo soy Bevis Syler, profesor de la Universidad de Edimburgo —se presentó el joven—. La señorita es Daphne Mac Gyll.

—Encantado —saludó

O'Paugh,

con sendas inclinaciones de cabeza—. Bonito paisaje, ¿eh? Hace un tiempo espléndido, ideal para mi caza de mariposas e insectos. Bueno, es una chifladura como otra cualquiera... ¡Oh!, ¡qué

hermosa vista la del castillo! ¡Cómo me gustaría visitarlo por dentro!

—La señorita Mac Gyll es su propietaria —dijo Bevis.

—Y será bien recibido en él siempre que guste, señor

O’Paugh

—añadió Daphne.

—Un millón de gracias, señorita Mac Gyll —contestó el entomólogo—. En efecto, tal vez aproveche la invitación, pero antes quiero añadir algunos ejemplares más a mi colección. —

O’Paugh

se destocó cortésmente—. Les deseo que continúen desgranando la eterna melodía del amor con toda felicidad. Profesor, señorita...

El pintoresco

O’Paugh

se puso a silbar y se marchó, caminando con un contoneo un tanto ridículo. Daphne tuvo que soltar la carcajada cuando el entomólogo se hubo alejado lo suficiente para no oírla.

—¡Un tipo realmente divertido! —comentó.

—Desde luego —sonrió Bevis—. Y hablador como él solo. Aunque ha dicho una cosa que me ha gustado mucho, en medio de todo.

Daphne se ruborizó vivamente.

—Por favor —dijo, con la respiración muy agitada.

Bevis no quiso insistir. Pero el color que había inundado las mejillas de la muchacha era suficiente para él, por el momento.

—¿Qué le parece si nos acercamos a Lannegar Village y tomamos algún refresco en la posada? —sugirió.

—Es una magnífica idea —aceptó ella con brillante sonrisa.

Descendieron por la pendiente de la colina en donde habían estado hasta aquellos momentos. Poco más tarde vieron a

O’Paugh

correteando entre los árboles con la red en alto. Ello les hizo reír nuevamente.

La ruta que habían seguido les situó al otro lado de la aldea, de modo que ésta quedaba entre los dos y el castillo. Cuando llegaron a la carretera, a unos seiscientos metros de «Lannegar Castle», divisaron un automóvil que se acercaba a buena velocidad, dejando tras sí una espesa nube de polvo.

—¡Ese tío está loco! —comentó el joven el ver la rápida marcha del vehículo. —Apártese a un lado, Daphne.

Esperaron fuera del camino, temerosos de un atropello por parte del que parecía irresponsable conductor. De pronto oyeron un chirrido de frenos y el coche se detuvo frente a ellos.

Viajaba un hombre solo, menudo, delgado, calvo, con lentes de montura de oro, de un tipo ya anticuado. El sujeto sacó la cabeza y preguntó:

—¿Es éste el camino que lleva a «Lannegar Castle»?

—Sí —contestó el joven—. Atraviase la aldea y...

—Gracias —contestó el sujeto—. ¡Maldito oficio! —Gruñó, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Quién es el chiflado que viene a divertirse aquí, en este rincón perdido del mundo?

—¡Vaya! —dijo Daphne, indignada por las despreciativas frases del conductor—. ¡Habrase visto...!

Pero el hombre ya no les prestaba atención. Haciendo, rechinar los engranajes del auto, embragó y partió de nuevo como una centella.

Bevis y Daphne dejaron pasar algunos minutos, hasta que se hubo posado el polvo levantado por el automóvil. Entonces salieron al camino.

—Parece que hoy es el día de los chiflados —comentó Daphne, al tiempo de reanudar la marcha.

—Sí, pero a mí lo que me preocupa es la pregunta que nos hizo el sujeto de los lentes de oro. ¿Se dio cuenta de que iba a «Lannegar Castle»?

—Desde luego. —Daphne frunció el ceño—. A mí también me preocupa bastante. Parecía llevar mucha prisa.

—Ni siquiera nos dio tiempo a decir que es usted la dueña del castillo —manifestó Bevis—. Podríamos haberle preguntado qué era lo que buscaba y...

—Ya se lo preguntaremos cuando lleguemos. —La joven sonrió—. Él parecía tener una prisa enorme. Le haremos esperar; por nada del mundo perdonaría yo ahora el refresco que me ha prometido antes.

—Que sean dos para que espere el doble —contestó Bevis con una alegre carcajada.

Poco después llegaban a la posada. La dueña les recibió con gran

cordialidad, eligiéndoles la mejor mesa. Bevis manifestó deseos de tomarse un jarro de la excelente cerveza que elaboraban en la aldea. En cuanto a Daphne, pidió un refresco de grosella.

Cuando estaban a mitad, vieron entrar a Marcus O'Paugh.

El entomólogo aparecía irritado. Tenía motivos para ello.

—¿Qué les parece? —dijo, enseñándoles la red caza-mariposas convertida en una ruina—. ¿No creen que es una indignidad que corran sueltos por el país salvajes con lentes de montura de oro?

Bevis se sorprendió grandemente de las manifestaciones del entomólogo.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó.

—Un loco con un coche en torno a su cuerpo —contestó

O'Paugh

pintorescamente—. Se me echó encima en una curva y, si no ando rápido, me plancha. La red se me escapó, la atropelló con su auto y... Creerán que se detuvo a ofrecer sus disculpas, ¿verdad? ¡Pues nada de eso! Continuó su camino como una centella, sin volver siquiera la cara, el muy... Perdóneme, señorita Mac Gyll, pero es que salvajes como ese individuo me sacan de quicio.

Daphne sonrió.

—Síntese con nosotros y tome algo, de beber —invitó—. Yo le pediré disculpas en nombre de mi huésped.

—¡Cómo! —se extrañó

O'Paugh

—. ¿Ese chiflado es huésped suyo?

—Supongo que sí. Preguntó por «Lannegar Castle», por lo que calculo que estará allí cuando llegue yo.

—Vaya, en tal caso retiro lo que he dicho, señorita Mac Gyll.

—No se preocupe —intervino Bevis—. Ahora, la excelente posadera traerá un magnífico jarro de cerveza con cuyo contenido podrá usted olvidar el disgusto que acaba de recibir.

—Sí, es mejor tomar las cosas por el lado humorístico, porque, de lo contrario, acaba uno padeciendo de úlceras de estómago. Afortunadamente, tengo otra red de repuesto.

—Le avisaremos, cuando se vaya ese hombre de «Lannegar Castle», a fin de que usted pueda circular tranquilamente por la carretera —dijo Bevis, riendo.

La posadera trajo la cerveza. Después se entabló un pequeño torneo por ver cuál de los dos hombres abonaba el gasto, discusión que zanjó la propia posadera, diciéndoles que eran sus invitados y que no tenía por costumbre cobrar a sus amigos.

O'Paugh

anunció entonces que le regalaría un magnífico ejemplar de escarabajo. La posadera le amenazó con expulsarle si osaba cometer tal impertinencia, y le dijo que al menos podía haber sido criador de gatas de Angora, animales que le gustaban mucho más que los escarabajos.

O'Paugh

y la señora Malcolm se enzarzaron en un animado diálogo que hizo las delicias de ambos jóvenes durante un buen rato.

Al fin, Daphne, que sentía gran curiosidad por saber qué buscaba en el castillo el hombrecillo de los lentes de oro, se puso en pie.

—Vaya por «Lannegar Castle» cuanto le parezca, señor

O'Paugh

—ofreció, al par que estrechaba la mano del entomólogo.

—Acepto la invitación. Iré un día de éstos, se lo prometo.

Bevis y Daphne emprendieron el camino de regreso. Al doblar la curva tras la colina que ocultaba la masa del castillo, vieron algo extraño que les llamó la atención sobremanera.

Una columna de humo negro y espeso brotaba de la parte inferior del castillo, hacia el lado occidental. Soplaban un poco de viento que agitaba el humo, haciéndole adquirir las más variadas formas antes de disiparlo en la atmósfera.

—¿Qué significa ése humo? —preguntó Bevis.

—No lo sé —contestó Daphne, muy seria—. Jamás había visto una cosa igual antes de ahora, pero sí hay algo que puedo afirmar con toda seguridad: ese humo no sale de la chimenea de la cocina del castillo.

CAPÍTULO X

El coche del hombre de las gafas de oro no estaba en el patio.

Bevis captó inmediatamente el detalle. Pero no tuvo tiempo de mencionarlo, porque Daphne, impaciente, subía ya las escaleras que conducían al gran vestíbulo.

La muchacha se dirigió inmediatamente a la biblioteca, hallándola vacía. La biblioteca servía también como sala de recibo, por lo que le extrañó —lo mismo que a Bevis— que el sujeto no estuviese allí aguardándola.

El comedor estaba asimismo vacío. Desconcertada, Daphne miró a Bevis, quien solucionó la situación, tirando del cordón de la campanilla.

Scramon se presentó momentos después.

—¿Señorita?

—Tenga la bondad de buscar a mi primo —le ordenó Daphne.

—Al momento, señorita.

El mayordomo se retiró. Mientras tanto, Bevis, con el fin de calmar la impaciencia que consumía a la muchacha, sirvió un par de copas. Daphne apenas si probó el contenido de la suya. Syler le ofreció un cigarrillo, que la joven aceptó.

—No se excite —recomendó—. Conserve la calma.

—Las cosas están llegando ya a un punto que resulta difícil seguir su consejo, Bevis —dijo—. No me lo tome a mal, pero...

Scramon regresó en aquel instante.

—Lo siento, señorita. El señor Mac Crobbs no está en su habitación.

Daphne volvió los ojos hacia el joven, que estaba reflexionando.

—Dígame, Scramon —habló de pronto—, ¿ha entrado usted alguna vez en el sitio donde trabajan el señor Mac Crobbs y sus amigos?

—No, profesor. Ni siquiera sé dónde está ese lugar —confesó el

mayordomo llanamente.

—Pero ¿no ha sentido usted alguna extrañeza por ese comportamiento tan raro del señor Mac Crobbs? Quiero decir —agregó Bevis como explicación—, si no ha sentido..., en fin, curiosidad por saber lo que hacían y dónde lo hacían.

Una débil sonrisa dulcificó un tanto el ordinariamente adusto rostro de Scramon.

—En efecto, profesor —contestó—. Pero cuando por primera vez le insinué algo al respecto, más bien con ánimo de que Mary, la doncella, pudiese limpiar su cuarto de trabajo, faltó poco para que me despidiese con cajas destempladas. Diciéndolo con palabras corrientes, me envió a paseo.

—Un bonito comportamiento, por supuesto —murmuró Bevis—. Pero ese supuesto cuarto de trabajo tendrá una entrada.

—Me lo imagino, señor, aunque no tengo la menor idea de dónde puede hallarse esa puerta.

—Está, bien, Scramon, muchas gracias. Cuando vea al señor Mac Crobbs...

—Creo que acaban de pronunciar mi nombre —sonó de repente la chillona voz del primo de Daphne.

Bevis dominó un gesto de sorpresa, mientras que Daphne emitía un pequeño grito de susto, debido a la inesperada aparición de Oliver.

Sin embargo, la muchacha se rehízo de inmediato y avanzó hacia él.

—En efecto —dijo—. Hemos pronunciado tu nombre porque queríamos verte..., mejor dicho, yo quería verte, Oliver.

Scramon se retiró discretamente. Mac Crobbs extendió los brazos.

—Muy bien, aquí me tienes. ¿Qué se te ofrece?

—Cuando regresábamos de nuestro paseo, un hombre nos preguntó si seguía el camino correcto para llegar a «Lannegar Castle». Me imagino qué me buscaba a mí, pero parecía tener tanta prisa, que no pude decirle que yo era la dueña del castillo. ¿Dónde está ese hombre, Oliver?

—¿Te refieres a Félix Blossom? Oh, es un antiguo amigo mío —contestó en tono trivial.

—Sí, pero ¿dónde está? —insistió ella.

—Daphne, no tienes ningún derecho a intervenir en mis amistades —dijo Mac Crobbs severamente.

—Tengo derecho a saber lo que ocurre en el castillo —contestó ella vivamente—. «Lannegar Castle» es mío aún, y si se me antoja, haré que os echen a ti y a tus amigos.

Los dientes del primo rechinaron.

—No puedes hacer tal cosa, Daphne. Recuerda...

—Recuerda que aún no se ha cumplido el plazo de la última prórroga. Mientras tanto, sigo siendo la propietaria de «Lannegar Castle», y exijo una explicación satisfactoria de todo lo que ocurre aquí dentro.

—No tengo por qué darte ninguna explicación —barbotó Oliver. Te guste o no te guste, seguiré aquí con mis amigos, hasta que...

—Perdone, señor Mac Crobbs —intervino Bevis, muy disgustado por la actitud del primo de Daphne—. Creo que la señorita Mac Gyll tiene razón. Su comportamiento resulta un poco, digamos, ilógico. No olvidemos que aquí se ha cometido un asesinato, pese a cuánto usted y sus dos amigos afirmen en contra. Su prima y yo vimos el cadáver de Néstor Caine, y no estábamos borrachos ni padecemos ningún género de locura. Ella puede pedir el concurso de la policía para realizar un registro a fondo del castillo y...

Mac Crobbs palideció terriblemente.

—Tú no harás tal cosa, ¿verdad, Daphne? —dijo, en tono casi suplicante.

—Depende de lo que me contestes —manifestó ella fríamente—. Además, quiero saber de dónde salía cierta humareda negra que no procedía de la chimenea de la cocina y cuál era su origen.

Oliver abrió la boca de par en par. Daba la sensación de haber perdido la facultad de hablar.

—Y asimismo —agregó Bevis—, la señorita Mac Gyll quiere saber dónde está el coche de su amigo Blossom, que no se hallaba en el patio.

—Está en los antiguos establos, que ahora sirven de cochera —farfulló Oliver.

—¿Y el señor Blossom?

Oliver vaciló:

—Con..., con mis otros dos amigos, charlando —respondió.

—¿No le parece que, puesto que está invitado al castillo, lo

menos que puede hacer es acudir a presentar sus respetos a la dueña? Es que lo exige la buena educación, señor Mac Crobbs.

—Se..., se lo diré en cuanto le vea —dijo Oliver con voz insegura.

—Y no olvides una cosa —exclamó Daphne imperativamente—. Quiero conocer cuanto antes tu cuarto de trabajo y qué es lo que haces allí. Tú verás qué es lo que más te conviene, porque, de lo contrario, los diez días que faltan hasta el vencimiento de la prórroga de la hipoteca, los pasarás fuera de «Lannegar Castle».

Oliver sudaba copiosamente. Bevis le vio acorralado, invadido por un pánico que le resultaba difícil dominar.

—Es... está bien —dijo. Y de pronto, dando media vuelta, huyó del comedor a la carrera.

Bevis se tomó otra copa.

—Me parece que esta vez le hemos metido el miedo en el cuerpo —se estremeció—, ¡sería horrible que resultase el asesino de Caine!

—Hay otra cosa todavía más horrible —murmuró Bevis en tono sombrío— y es el humo que vimos desde la carretera. ¿Qué significa y de dónde sale?

—¿Qué es lo que sospecha usted? —preguntó le muchacha, sintiendo en su interior un extrañe frío.

—Cualquier cosa... y ninguna buena —aseguró el enfáticamente.

Cuando vio que Félix Blossom no comparecía a la cena, Bevis no sintió la menor extrañeza. Bevis y Daphne cenaron juntos, solos, sin que ni Oliver ni sus amigos hicieran acto de presencia en el comedor.

El joven se percató del enorme nerviosismo que poseía a la joven. Deseando distraerla un poco, le formuló una sugerencia:

—No conozco los antiguos establos. Aunque la hora no es la más adecuada, ¿le importaría enseñármelos?

—Desde luego.

Daphne se levantó. Seguida por el joven, salió del comedor y atravesó el vestíbulo. En un nicho que había junto a la puerta, Bevis divisó una linterna eléctrica, que tomó sin más dilación.

—Hay luz allí —declaró ella, extrañada ante el gesto del joven.

—Prefiero usar la linterna —sonrió Syler.

Cruzaron el patio en sentido diagonal. Daphne abrió uno de los dos batientes del gran portón y pasó al interior, seguida por Bevis,

quien en el acto encendió la linterna.

El lugar era de vastas dimensiones, como resultado de haberse usado siglos atrás para albergar hasta cincuenta y sesenta caballerías. Tenía forma de L mayúscula, con la rama mayor a la derecha de la entrada, de tal modo que iba a terminar justamente a la altura del gran vestíbulo.

Además de algunos trastos viejos, había tres coches: el «Hillman» de Daphne, un sedán «Chevrolet» del año 1960 de gran tamaño y el pequeño «Austin» que pertenecía a Félix Blossom.

Bevis se acercó al «Austin» y examinó atentamente la documentación.

—Bueno —resopló—, no acabo de imaginarme qué puede hacer aquí un notario de Edimburgo.

—¡Cómo! ¿Ha dicho de Edimburgo? —se sorprendió la muchacha.

Bevis hizo que el haz de rayos de la linterna cayese directamente sobre la documentación. Daphne se mordió los labios.

—Es extraño. Los asuntos de Oliver están en manos de los hermanos Mac Oykes, una antigua firma de abogados de Glasgow. No entiendo qué tiene que ver él con ese Blossom.

—Lo que yo no entiendo tampoco es por qué no ha venido ninguno de los cuatro a cenar —masculló el joven, sumamente descontento—. Vamos a tener que tomar una decisión tajante..., perdón, debe tomar usted. He hablado en plural inconscientemente.

—No tiene importancia —sonrió ella—. Lo que sí la tiene es...

Daphne se interrumpió súbitamente. Un leve ruidito, semejante al de una puerta con los goznes faltos de grasa, acababa de llegar a sus oídos.

Bevis apagó la linterna en el acto. Agarró a Daphne por un brazo, y tiró de ella, escondiéndose ambos tras el «Austin».

Asomaron un poco la cabeza, contemplando estupefactos el cuadro de luz que salía por el muro situado hacia la parte del vestíbulo. Una silueta humana se recostó en el cuadrado luminoso.

El hombre se detuvo un momento, medio vuelta hacia la luz. Movié el brazo derecho y la puerta giró en sentido inverso. La oscuridad volvió de nuevo a la estancia, junto con una oleada de un hedor espantoso, que hizo sentir náuseas a los dos jóvenes.

CAPÍTULO XI

Bevis sintió que las uñas de Daphne se clavaban en su carne. El hombre —no sabían si era Feary o Haroldvar, dado que ambos poseían una complexión física muy semejante—, desfiló a pocos pasos de ellos, dirigiéndose hacia la salida.

Poco después estaban solos.

—¡Dios mío, qué olor tan horrible! —murmuró Daphne, espantada—. ¿De dónde proviene?

—Una persona supersticiosa diría que del infierno —contestó el joven, enderezándose para salir de su escondite—. Yo sostengo una teoría muy distinta, sobre todo si recordamos la humareda que hemos visto esta tarde.

—Por favor, Bevis —rogó ella, estremeciéndose de pies a cabeza—. No irá a decirme que...

—Sí —dijo él en tono sombrío—. Aquí se ha quemado a una persona..., un cuerpo humano... El cadáver de Néstor Caine.

Daphne no pudo contenerse esta vez, y se abrazó estrechamente al joven, temblando de pies a cabeza. Bevis rodeó sus hombros con los brazos, sintiendo contra su pecho el trémulo palpitar del corazón de la muchacha.

—¿Por qué, por qué? —preguntó ella, aterrada.

—No lo sé, pero es evidente que no podemos demorar por mucho más tiempo una acción rápida y decisiva. Si para mañana, a la hora del desayuno, no nos ha dicho su primo algo convincente, será cosa de dar cuenta a la justicia para que intervenga.

—Sí, lo haremos así. No puedo consentir por un minuto más que en mi propio castillo sigan cometiéndose crímenes horrendos, que no tienen ningún, justificación. ¡Nunca se me hubiera ocurrido sospechar de Oliver!

—¡Ahora caigo! —dijo él—. ¡Qué idiota he sido!

Daphne se separó ligeramente para mirarle, aunque en la

oscuridad del lugar le resultaba imposible ver otra cosa que una difusa mancha del óvalo del rostro de Bevis.

—¿Qué es, por favor? —inquirió.

—A menos que le obligasen a escribirla antes de morir, la carta que Caine dejó para usted es una falsificación que yo conservo todavía, y puede constituir una prueba decisiva contra el que la escribió.

—¿Contra Oliver?

—Es lo más probable. Incluso aseguraría que él mismo lo hizo. ¿Recuerda? Dijo que Caine se había ausentado porque tenía que resolver algo urgente en Glasgow.

—Así fue, en efecto —convino Daphne.

—Pero la carta no mencionaba para nada un viaje a Glasgow.

Hubo un momento de silencio. Daphne trataba de penetrar en el sentido de las palabras que Bevis acababa de pronunciar.

—¡Fue él! —dijo, casi con un grito.

—Por favor, no levante la voz —recomendó él—. Venga conmigo.

La muchacha se agarró a su brazo y caminó a su lado. Bevis encendió la lámpara y se acercó al muro, paseando por sus piedras el haz de rayos luminosos.

—Aquí es —dijo al cabo, muy satisfecho. La línea de separación era muy fina, y pasaría inadvertida para un observador superficial, pero se notaba claramente tras un atento examen.

La puerta tenía las dimensiones justas de un cuerpo humano. Bevis examinó las piedras con mayor interés, llegando a la conclusión de que se trataba de una magnífica imitación.

—¿Sabe si Oliver vino al castillo en alguna ocasión cuando usted estaba en Edimburgo, estudiando? —preguntó.

—Es posible. Siempre tuvo la entrada franca —contestó Daphne.

—Entonces, durante una de esas ausencias fue cuando instaló esta puerta falsa.

—Pero ¿qué hay al otro lado, Bevis?

—Tendremos que volver en mejor ocasión. Cuando Haroldvar o Feary —no sabemos cuál de los dos era— salió, dejó la luz encendida, lo cual significa que hay gente dentro. Es preciso volver cuando no haya nadie. ¿Querrá venir conmigo, Daphne? Creo que, como dueña de «Lannegar Castle», le conviene saber más que a

nadie qué hay y qué sucede al otro lado de esta falsa puerta.

—De acuerdo. ¿A qué hora? —preguntó ella valerosamente.

—Más tarde. Después de la medianoche, alrededor de las dos. Ahora, usted se encerrará en su habitación con doble vuelta de llave y permanecerá allí hasta que oiga mi llamada. Tres golpes, dos, uno dos y tres; y no abra a nadie que no emplee esta contraseña, ¿me ha comprendido?

—Conforme.

Cuando regresaron se encontraron con una gran sorpresa.

—Señorita —preguntó Scramon—, ¿conoce usted a un tal Marcus O'Paugh?

—Sí —respondió ella, bastante sorprendida—. ¿Por qué lo dice?

—Vino hace un cuarto de hora, alegando había sido invitado por usted. Me he permitido prepararle el otro dormitorio del torreón norte, precisamente frente al del profesor. Le ofrecí de cenar, pero dijo que se sentía muy cansado y que quería dormir inmediatamente. Añadió que mañana, a la hora del desayuno, la saludaría a usted y... ¿He hecho bien, señorita? —preguntó el mayordomo ansiosamente—. Me pareció un tipo algo estrafulario, dicho sea sin ánimo de ofender a nadie.

—¡Vaya! —exclamó Daphne, más sorprendida que enojada—. Se necesita frescura, ¿no le parece, Bevis?

—¿Quiere que vaya yo y le hable? —sugirió el joven.

—No, déjelo. Ya le veremos mañana por la mañana. Eso es todo, Scramon.

—Gracias, señorita. Profesor...

Cuando Scramon se hubo alejado, Bevis empujó a la muchacha suavemente hacia la puerta.

—Váyase y descanse un poco —aconsejó—. No olvide mis instrucciones: ciérrese con doble vuelta de llave.

Ella le dirigió una pálida sonrisa. Oprimió suavemente su mano y luego salió del comedor.

Syler se acercó al aparador y se sirvió una copa, que paladeó lentamente. Pensó que aquella misma noche habrían resuelto de una vez el atroz misterio que tanto les preocupaba.

Estaba seguro de que Oliver no hacía en el castillo lo que había asegurado. La profesión de anticuario era una vulgar tapadera para

sus actividades, a buen seguro delictivas. Conocer la clase de actividades debía ser el objetivo primordial a conseguir en el menor tiempo posible.

Terminó el licor y emprendió el ascenso. Al llegar al rellano, arrojó una mirada hacia la puerta frontera. Estuvo tentado de despertar al pintoresco

O'Paugh,

pero supo contenerse. De pronto, cuando se volvía para entrar en su cuarto, divisó un extraño resplandor en la escalera que conducía al exterior del torreón.

Respingó. Era una luz diáfana, muy tenue, de color claro, casi plateado. Recordando la leyenda de «Lannegar Castle», en el primer momento pensó instantáneamente en el fantasma del conde Arthur.

Se acercó al arranque de la escalera. A falta de arma, emplearía la linterna eléctrica; era grande y pesada, y un golpe asestado con la misma podía causar serios daños al que lo recibiese.

Encendió la antorcha y el resplandor desapareció. Apagó la luz y, tras algunos segundos de habituarse nuevamente a las tinieblas, vio que reaparecía aquella extraña luminosidad.

Enormemente intrigado por el raro fenómeno, pensando en que acaso se estaba produciendo un hecho sobrenatural, se acercó más todavía. El resplandor se acentuaba un poco en los escalones más altos.

Emprendió el ascenso lentamente. De pronto, un chorro de aire fresco le dio en el rostro.

Movió la cabeza. Estuvo a punto de llamarse idiota a sí mismo. No había tal fantasma.

Era la luz de la luna que penetraba en reflejo por la puerta que daba a la plataforma del torreón.

Movido por la curiosidad, continuó el ascenso. Se preguntó quién podría haber abierto la puerta, aunque ello le pareció por el momento un detalle secundario.

Al otro lado de la puerta había también un pequeño rellano de unos dos metros de largo por uno de ancho, aproximadamente. Ahora, la luz de la luna, incidiendo casi paralelamente al eje longitudinal de la escalera, alumbraba los peldaños casi como si fuese de día. Bevis recordó que se hallaban en el plenilunio.

—La época ideal para las brujas y fantasmas —comentó,

sonriente, a media voz.

El último tramo de escalera tenía quince o dieciséis peldaños y daba a una abertura que normalmente se cubría con una trampilla de gruesos tablones de roble, la cual aparecía doblada al lado opuesto. Bevis salid a la plataforma del torreón, sorprendiéndose de sus extraordinarias dimensiones.

—Claro —murmuró—, es que hay dos dormitorios debajo.

De pronto se quedó rígido. Acababa de captar un detalle que le había pasado inadvertido.

—Mi dormitorio no tiene el techo tan alto —soliloquió.

Hizo un rápido cálculo mental. Los quince escalones del segundo tramo suponían unos tres metros de altura. De la puerta al rellano en que estaban las dos habitaciones había más de veinte peldaños, lo cual hacían cuatro metros largos de altura.

¿Qué había entre el techo de su dormitorio y la plataforma superior?

¿Otra habitación secreta?

En tal caso, ¿por dónde se entraba?

Tremendamente excitado por el descubrimiento que acababa de hacer, se acercó a las almenas, avanzando el busto hacia afuera todo cuanto le fue posible.

Procuró no mirar hacia el terrible derrumbadero que se abría al pie del enorme torreón. Era un abismo realmente impresionante que causaba vértigo sólo de pensar su pavorosa profundidad. Nadie que cayera por aquel punto podría sobrevivir.

El lago brillaba como una lámina de plata pulida bajo la luz del satélite. Desdeñando momentáneamente la contemplación del panorama, Bevis se dedicó a examinar las cercanías del muro del torreón.

—A una persona que se la encierra para que muera de hambre y sed, no se la deja que perezca por asfixia. Luego tiene que haber a la fuerza una ventana en el muro.

Tales fueron sus razonamientos y, en vista de que la luz de la luna, pese a su intensidad, le resultaba insuficiente, sacó el brazo derecho y encendió la linterna.

Almena tras almena, fue recorriendo el perímetro externo del torreón. De pronto, al llegar a la cara oscura, donde las sombras no permitían ver el menor detalle si no era con alumbrado artificial,

divisó algo a un par de metros de distancia del suelo, tres si se contaba el antedespacho del parapeto almenado.

Era un cuadrado de unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho. No se veía su final interior, dada su postura, pero sí resultaba fácil darse cuenta de que era un orificio practicado en el muro y no precisamente para la colocación de maderos que sostuviesen andamios para una posible reparación de la estructura del torreón, como había numerosos de tal género en los distintos muros del castillo.

Ya no le cupo la menor duda de que había dado con la estancia secreta, donde el conde Squathmore había sufrido la más bárbara e inhumana de las muertes. Ahora, se dijo, sólo faltaba dar con la entrada para, por medio de los restos que indudablemente debían quedar todavía, comprobar prácticamente la veracidad de la leyenda.

Pensó que su descubrimiento alegraría a la muchacha. Se lo diría cuando la viese, más adelante. Ahora debía volver a su cuarto y esperar a la hora convenida.

De pronto, un ruido extraño llamó su atención.

Era el jadeo de una persona. Una respiración rápida y sibilante, que le indicó no se hallaba solo en la plataforma.

Se volvió, justo en el momento en que un hombre se le arrojaba encima, blandiendo un cuchillo cuya hoja despidió un relámpago de plata al reflejar la luz de la luna.

CAPÍTULO XII

El movimiento que realizó fue instintivo pero acertado. Golpeó con la linterna el brazo armado, alcanzando la muñeca del individuo y arrancando de la misma el puñal, que voló por los aires para saltar el parapeto y caer al abismo.

La luz de la luna daba de lleno en el rostro de su atacante. Le distinguió claramente; era Haroldvar.

Se oyó un rugido de rabia, procedente de la garganta del traidor al verse desarmado. Bevis vio que su rostro estaba deformado por una mueca de odio satánico.

Se preguntó por qué motivos había querido asesinarle el sujeto. Aunque contemplado desde el punto de vista de Oliver y sus amigos podía considerársele como un entrometido, ello no justificaba ningún asesinato. En tal caso, para acallar la muerte de Caine, tendrían que matar también a la muchacha, a Scramon a la cocinera y a la doncella. No, aquello no le parecía lógico.

Pero no era el momento ni el lugar más adecuado para entretenerse con reflexiones. Salvar la vida debía ser lo más importante.

Con un brillo infernal en sus ojos, Haroldvar retrocedió dos pasos. Su mano desapareció, buscando algo en la parte posterior de su pantalón.

Bevis se arrojó sobre él, tratando de impedirle que sacara el revólver, que ahora, perdido el cuchillo, quería usar su atacante. Los dos hombres forcejearon rudamente, en silencio, sin que se oyese otro ruido que el de sus sibilantes respiraciones.

Enormemente asombrado, Bevis se dio cuenta que, pese a su aspecto inofensivo, Haroldvar poseía una fuerza poco común. Aunque de momento había conseguido evitar que sacase el arma, abrigaba sin embargo serias dudas sobre el resultado final de la pelea.

Se le ocurrió una idea de pronto. Tenía a Jason entre sus brazos e hizo presión con todas sus fuerzas, incrustándole sus propios brazos en los costados, a la vez que comprimía su tórax con el brutal estrechón. Haroldvar dejó escapar un gemido de dolor.

—Suelte esa pistola, asesino —ordenó el joven.

De pronto, el tacón de Jason aplastó la punta de uno de sus pies. Bevis lanzó un gruñido de dolor e, inmediatamente, casi por instinto, aflojó la presión de sus brazos.

En aquel instante vio con el rabillo del ojo que una cabeza humana asomaba por la abertura que conducía al interior de la torre. Se sintió atacado por el pánico; podía luchar contra uno, pero dos le vencerían sin duda alguna. Y ya se imaginaba lo que sucedería: le harían saltar por encima del parapeto, a fin de que su muerte pareciese como un accidente o bien un suicidio.

La pistola de Haroldvar relució al fin. Bevis se agarró con todas sus fuerzas a la de muñeca del individuo. Jason le golpeó en la cara con la mano libre, pero no por ello soltó Bevis la presa que había hecho.

Empleando toda su fuerza física, pegó un par de tirones al brazo de su antagonista, amenazando con descoyuntarlo. En aquel momento vio que el otro individuo salía por completo fuera de la escalera.

Giró en redondo, siempre agarrado al brazo de Haroldvar. Hizo en cierto modo como el lanzador del martillo en un concurso de atletismo: el cable era el brazo y el martillo el cuerpo de su atacante.

Jason volteó con los pies ligeramente separados del suelo, mientras un agudo chillido se escapaba de su garganta. Cuando vio que había adquirido un súbito impulso, Bevis aflojó la presión de sus manos.

Sus intenciones eran las de lanzar por tierra al asesino, pero calculó mal. Arrastrado por la fuerza centrífuga, Haroldvar alcanzó el parapeto y chocó contra él, justamente en el espacio entre dos almenas.

El impulso que llevaba era demasiado fuerte. Su cuerpo se inclinó hacia atrás.

Las piernas, moviéndose grotescamente, se elevaron en el aire. Un chillido de angustia se escapó de sus labios.

Bevis se percató al instante del gravísimo peligro en que se hallaba Haroldvar y se abalanzó hacia adelante, con ánimo de salvarle. Estiró el brazo, pero sólo pudo rozar la suela de uno de sus zapatos.

El cuerpo del individuo desapareció bruscamente. Se oyó un alarido desgarrador que fue alejándose velocísimamente, hasta que, de pronto, se trocó por el ruido de un cuerpo humano al chocar contra unas rocas. De abajo subieron unos sonidos espeluznantes a medida que el desdichado rodaba por la aguda pendiente del derrumbadero. Los ecos de la caída cesaron pronto.

Entonces, Bevis se volvió hacia el otro individuo, dispuesto a vender cara su vida. Apretó ambos puños, a la vez que con el rabillo del ojo trataba de buscar la pistola que se había desprendido de las manos de Haroldvar durante la lucha.

—No tema —dijo de pronto el sujeto—. No pretendo atacarle.

Bevis relajó parcialmente sus músculos.

—Es usted —dijo, respirando afanosamente.

O'Paugh

se acercó al joven.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Ese sujeto..., usted no lo conocía, intentó matarme. Empleó primero el puñal y luego la pistola, pero no le dejé usar ninguna de ambas armas. Le aseguro que no tenía intención de lanzarle al abismo..., fue en el ardor de la lucha...

—He podido observarlo —contestó el entomólogo tranquilamente—. Su atacante tuvo mala suerte.

Bevis sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que le corría por la frente.

—Así es —dijo—. Señor

O'Paugh,

me gustaría que testimoniase usted a mi favor.

—¿Para qué? —el entomólogo enarcó las cejas—. Su atacante se suicidó.

Bevis miró a su interlocutor, tratando de comprender el alcance de las palabras que acababa de escuchar.

—No —sacudió la cabeza—, no hay tal suicidio. Diré la verdad. Si usted la dice también, me absolverán. Siento que Haroldvar haya muerto, pero mi conciencia no tiene nada que reprocharme. Él

inició el ataque, con ánimo de matarme...

—¿Por qué? —inquirió

O'Paugh.

—Lo ignoro. No puedo comprender sus razones. Yo estaba..., había subido para admirar el lago a la luz de la luna —en parte decía la verdad, aunque no quiso mencionar el descubrimiento que acababa de hacer—, cuando Haroldvar me atacó a traición. Conseguí quitarle el puñal, que saltó por encima del parapeto, pero luego sacó una pistola... El resto pudo verlo usted claramente, señor O'Paugh.

—¿Una pistola? —repitió el entomólogo—. ¿Dónde está?

Bevis buscó la linterna que se le había caído durante la lucha. No tardó en encontrarla.

Afortunadamente, la lámpara funcionaba aún. Bevis oprimió el interruptor y paseó el haz de rayos luminosos por el suelo. De pronto, brilló un metal.

—¡Aquí está! —exclamó, satisfecho, alargando la mano izquierda para recoger el arma.

—¡Quieto! —ordenó

O'Paugh

—. ¿Dice usted que él le atacó?

—Así es —contestó el joven, irguiéndose.

—¿Tocó usted el arma?

—Me parece recordar que no.

—Entonces será mejor que siga sin tocarla. La ausencia de sus huellas dactilares y la presencia de las de Haroldvar serán la mejor prueba de sus declaraciones, ¿comprende? Usted no está en condiciones de limpiar exclusivamente sus propias huellas, dejando solo las de su atacante; ni aun un experto lo conseguiría, en el caso de que dos personas hubiesen empuñado el arma sucesivamente.

—Sí, tiene usted toda la razón —convino el joven, respirando aliviado.

O'Paugh

sacó un pañuelo y, arrodillándose junto al revólver, lo envolvió cuidadosamente, guardándolo a continuación en el bolsillo de su chaqueta.

—No se preocupe, profesor —sonrió—. Todo saldrá bien. Le recomiendo ahora que vuelva a la cama y trate de dormir.

—Pero ¿no sería lo mejor avisar ahora a la policía? —alegó el joven—. Hay un hombre muerto...

—¿Le resucitará ese aviso? —objetó el entomólogo—. Las cosas se hacen mejor de día. Algunas cosas, claro.

—Sí. —Bevis asintió pesadamente—. Pero ¡ese grito! —dijo, estremeciéndose al recordar el horrible aullido que Haroldvar había proferido al sentirse proyectado al vacío.

—¿Preferiría haberlo lanzado usted? ¡Vamos, ánimo! Piense que ese hombre quería matarle. Puede sentir piedad por su alma, pero no compasión por las intenciones que abrigaba hacia usted. Váyase a la cama y tome un buen sedante; verá cómo por la mañana se encuentra mejor.

La mano de
O'Paugh

le empujó persuasivamente hacia la escalera. Con pasos inseguros, Bevis descendió hasta su habitación, en la que se encerró en el acto.

Sentándose en el borde del lecho, reflexionó durante unos momentos. Todavía se estremecía cada vez que recordaba lo que había sucedido momentos antes.

De pronto, se puso en pie. Era preciso aclarar de una vez la situación. Daphne y él debían forzar a Oliver a que hablase claro y sin rodeos. Tenía la sensación de que Haroldvar le había atacado por orden o, al menos, con el consentimiento del primo de Daphne. Urgía que Oliver declarase de una vez la verdad, sin ambages ni circunloquios.

Tomó la linterna y salió del dormitorio. Descendió al corredor, llegó ante la puerta de la habitación de Daphne y tocó en ella con los nudillos, de acuerdo con la contraseña convenida.

La joven abrió medio minuto después. Envuelta en una bata, le miró con curiosidad.

—¡Bevis! —exclamó—. ¿Qué hace aquí? ¡Todavía no son las dos!

—Lo sé —contestó él—. Pero ha ocurrido algo que me aconseja modificar nuestros planes. He matado a Haroldvar.

Los ojos de la muchacha parecieron que se iban a salir de sus órbitas.

CAPÍTULO XIII

Daphne se paseaba nerviosamente por el dormitorio.

—Usted no tiene nada de qué acusarse —dijo—. En todo caso, Haroldvar no hizo sino recibir un justo premio a su felonía. —Parándose bruscamente, le miró con fijeza—. Y para mí, resulta mucho más satisfactorio que haya sido él la víctima que no usted.

Bevis se acercó a ella y tomó sus dos manos.

—¿Lo dice en serio, Daphne?

—¿Cómo puede dudarle siquiera? —sonrió ella.

Syler contempló durante unos segundos el adorable rostro de la muchacha. Luego, repentinamente, pasó sus brazos en torno al talle y la atrajo hacia sí.

—Ahora sí estoy seguro de lo que siento hacia ti —murmuró—. Únicamente lamento que hayas de abandonar «Lannegar Castle», pero no te enfades si te digo que me alegro de que seas pobre. Por otra parte, me pareces una chica comprensiva y sencilla, que sabrá acomodarse al sueldo de un profesor ayudante de Universidad. En fin, si quieres que te lo diga más claro, añadiré que te amo y deseo te conviertas en mi esposa.

Los ojos de Daphne brillaron de pronto con una luz especial.

—Oh, Bevis —dijo, íntimamente conmovida. Y de pronto, le arrojó los brazos al cuello—. A tu lado, no echaré de menos a «Lannegar Castle» —aseguró, un segundo antes de que sus labios se fundieran con los del joven en un apasionado beso.

Luego se separaron. Ella aparecía felizmente sonrojada. Con radiante sonrisa, dijo:

—Aunque no me amases, tendrías que casarte igualmente conmigo —dijo sorprendentemente.

—¿Por qué? —se extrañó Bevis.

—El caballero olvida sin duda que está a altas horas de la noche en el dormitorio de una doncella. Es preciso salvar su reputación

por medio del matrimonio —respondió Daphne maliciosamente.

—Oh —rió él, estrechándola de nuevo contra su corazón.

Permanecieron así unos instantes. Bevis se separó con cierta brusquedad.

—Querida, hemos de ir a la habitación que está sobre la cripta.

—Es verdad —murmuró ella, perdida la sonrisa momentáneamente—, lo había olvidado.

—Si quieres aguardar aquí...

—No. Todavía es mío el castillo. Se ha cometido un asesinato, y un hombre quiso matarte. Debo saber directamente lo que ocurre. Vuélvete un momento, ¿quieres? He de cambiarme de ropa.

—Claro.

Bevis esperó unos minutos.

—Ya está —dijo ella al cabo.

Bevis se giró. Daphne se había puesto un jersey oscuro y unos pantalones negros, que modelaban espléndidamente su armoniosa silueta. El cabello, de un brillante dorado, contrastaba agradablemente con el tono sombrío de sus ropajes.

—Cuando quieras, Bevis.

El joven tomó la linterna. Asomó la cabeza, viendo que el corredor estaba desierto. Movi6 la mano y Daphne le siguió.

Descendieron la escalera, cruzaron el vestíbulo y salieron al patio. Momentos después se hallaban ante la puerta de los viejos establos.

Cruzaron el umbral silenciosamente. Bevis encendió la linterna, cuya luz les guió hasta llegar al muro. Una vez allí, el joven empezó a examinar las piedras. Trató de recordar los gestos del hombre que había salido por allí horas antes, a fin de encontrar el resorte que ponía en funcionamiento el mecanismo de apertura.

La luz de la lámpara le reveló la existencia de una piedra que parecía algo distinta a las demás, a la derecha de la línea que marcaba la puerta. Cambiándose la linterna de mano, empezó a tantear con las yemas de los dedos.

De pronto, un fragmento de la piedra cedió bajo su presión. Se oyó un chasquido y la puerta empezó a girar.

—Bueno —respiró, aliviado—, ya lo hemos encontrado.

Dio la vuelta y se acercó al umbral. Al otro lado reinaba la oscuridad más absoluta.

Por medio de la lámpara encontró una escalera de cuatro peldaños, por la que descendió, seguido en el acto por Daphne. Volviéndose, buscó en la parte interior de la puerta, hasta hallar un interruptor, que oprimió en el acto.

Un torrente de luz inundó el ambiente. Daphne tuvo que hacer un esfuerzo para no emitir un grito de asombro.

Hallábanse en una habitación de vastas dimensiones, aunque de techo demasiado alto, en cuya atmósfera flotaban aún los restos de aquel hedor que tanta repugnancia les había inspirado. Vieron varios grandes cajones, cuya utilidad no alcanzaron a comprender, así como algunas herramientas y utensilios, de objeto igualmente desconocido.

No obstante, uno de aquellos utensilios llamó particularmente la atención del joven. Era un gran cazo de metal, hierro, a su entender, provisto de un mango de más de un metro de longitud, el cual tenía a su final una protección de madera, que aparecía medio chamuscada. El cazo poseía en su lado izquierdo un pico parecido al de las jarras.

—Parece destinado a la fusión de metales —dijo.

—Entonces, ¿cómo no se funde el hierro de que está hecho? —observó Daphne.

Bevis reflexionó unos instantes.

—Hay metales que se funden mucho antes que el hierro.

—¿Por ejemplo?

—El plomo, el cobre... y la plata, y el oro también.

Daphne silbó tenuemente.

—Parece que las cosas no están ya tan oscuras. Mira, hay una pala, una pila de troncos y un gran montón de carbón de piedra... ¡Aquello es la boca de un horno, Bevis!

—Es cierto —concordó él, acercándose al lugar indicado.

Su mano se apoyó sobre la palanca de apertura. Miró a Daphne.

La muchacha tenía el rostro completamente blanco. Ambos pensaron lo mismo.

En aquel horno se había incinerado a una persona. La misma cuyo cadáver habían visto ellos en el sarcófago del conde Arthur.

—Es preciso ser valiente —dijo Bevis. Y levantó la tapa.

Proyectó la luz de la lámpara al interior del horno, del cual salía un olor espantoso. Varios objetos blancos brillaron de un modo

singular al incidir sobre ellos los rayos luminosos.

Bevis cerró segundos después, volviéndose hacia la muchacha.

—Algunos huesos del organismo humano resisten mucho a la incineración —comento.

—Por favor —rogó ella, sintiendo unas terribles náuseas.

Bevis rodeó sus hombros con el brazo, llevándosela de aquel lugar.

—Hay que traer a la policía para que haga una investigación. Los huesos que hemos visto demostrarán sin lugar a dudas que aquí se cometió un asesinato. ¡Eh, mira! —exclamó, de repente—. ¡El plano robado!

Encima de uno de los cajones estaba el rollo desaparecido del archivo. Bevis lo tomó y soltó la cinta, desenrollándolo acto seguido.

Un rápido vistazo fue suficiente para situar en el plano la estancia en la que se hallaban. Asimismo pudo ver el emplazamiento de una escalera de caracol que conducía a través de un grueso muro, a una habitación ubicada en el corredor.

—Éste debe ser el dormitorio de Oliver —comentó.

—No, es el mío —manifestó ella—, pero yo ignoraba hasta ahora la existencia de dicha escalera. Supongo —añadió— que habrá otra puerta secreta aquí y...

Se calló súbitamente.

Bevis volvió la cabeza para mirarla, extrañado de aquel repentino silencio.

Una expresión de horror aparecía en los ojos de la muchacha, cuya boca se había abierto para lanzar un grito que, sin embargo, no conseguía atravesar su garganta.

Asombrado y asustado, Bevis movió de nuevo la cabeza, siguiendo con la vista la dirección de la mirada de la joven. Entonces contempló algo que le puso los cabellos de punta.

¡Una mano ensangrentada asomaba por el borde opuesto del cajón junto al cual se hallaban!

El cajón era de gran tamaño, llegaba al pecho del joven, por lo que, desde el punto en que se hallaba, sólo podía ver la mano, cuyos dedos se movían con horripilante lentitud.

Sintió que las uñas de Daphne se incrustaban en su carne. Soltando el rollo de pergaminos, la agarró con una mano por el

talle, en tanto que con la otra le tapaba la boca, cortando el grito que ella iba a emitir de un momento a otro.

El cuerpo de Daphne temblaba convulsivamente.

¡Súbitamente, la mano desapareció!

Se oyó un leve ruido y un atroz estertor. Al otro lado del cajón, una persona estaba agonizando.

Bevis volvió la cara hacia la muchacha.

—No grites, por lo que más quieras —recomendó en voz baja—. ¿Sabrás tener valor?

Ella movió la cabeza afirmativamente. Entonces, Bevis, soltándola, dio la vuelta al cajón.

Caído en el espacio que había entre dos cajones, con el pecho cubierto de sangre, Milt Feary les contemplaba con ojos en lo que se adivinaba la inminencia de la muerte.

La mano del moribundo se crispaba sobre su pecho ensangrentado. Una espumilla roja aparecía entre sus labios lívidos.

Bevis se arrodilló a su lado, comprendiendo que a Feary le quedaban pocos momentos de vida. En aquel instante, recordó el áspero diálogo que tuvo lugar el día en que un disparo de escopeta estuvo a punto de alcanzarle: Si supiera que has tirado adrede, te mataría, Oliver.

La frase había quedado firmemente grabada en su memoria. Ahora, no le cabía la menor duda. Oliver Mac Crobbs había llevado a cabo sus intenciones.

¿Por qué?

¿Tenían algo que ver el horno y el crisol de fundir metales con los crímenes cometidos?

No era hora de especulaciones. Más adelante, cuando llegase el momento oportuno...

Se inclinó sobre el agonizante.

—¿Puede hablar, Feary? —preguntó.

Un sonido apenas inteligible brotó de los labios del moribundo.

—Sí... —Era un susurro que casi podía oírse—. Ha sido..., ha sido Oliver Mac Crobbs... Me apuñaló a traición..., dejándome por muerto...

Sonó un gemido a espaldas de Bevis. El joven no se volvió. Tras él, Daphne contemplaba la escena, morbosamente fascinaba, a su pesar, con ojos desorbitados por el espanto.

—Ahora está..., está en...

Una brusca convulsión sacudió los miembros de Feary. Sus ojos giraron espantosamente en las órbitas y, de pronto, se quedaron fijos en el techo, sin una luz interior que los animase. La mano aflojó su presión sobre la camisa ensangrentada y se deslizó hasta el costado.

Bevis le tomó el pulso. Captó dos o tres latidos y luego notó claramente que el corazón había dejado de moverse.

Se puso en pie y tomó a Daphne por los hombros, retirándola de aquel macabro lugar.

La joven apenas si tenía fuerzas para mantenerse en pie.

—Has oído lo que dijo Feary antes de morir, ¿no es cierto?

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Ignoro —siguió Bevis—, por qué motivos asesinó Oliver a Feary, pero no cabe duda de que tendrá que exponerlos ante un tribunal de justicia. Son dos muertes las que ha cometido, y aunque no se le podría juzgar por la de Haroldvar, no cabe la menor duda que ésta también se le puede achacar.

—Pero ¿por qué, por qué? —preguntó ella con voz convulsa.

Bevis concibió una hipótesis. Sin embargo, carente por el momento de pruebas, no se atrevió a exponerla.

—Aguarda un momento —dijo.

Buscó el cazo de hierro y examinó su interior atentamente: Con el dedo índice señaló algunas partículas de metal que brillaban de una forma sorprendente.

—Aquí está el origen de esas muertes —dijo—. ¡Oro!

—¿Oro? —repitió ella—. Pero... no entiendo, Bevis.

—Yo tampoco. Es preciso, sin embargo, que el propio Oliver nos aclare el misterio.

—¿Se lo preguntarás tú? —inquirió Daphne.

Bevis reflexionó un instante.

—Carezco de autoridad legal —dijo—. Lo que haré, sin embargo, es ver si puedo sorprenderle y encerrarlo en algún cuarto de donde no pueda escapar. Entonces, tú irás a Lannegar Village y regresarás con el policía de la aldea, a fin de hacer las cosas con toda legalidad. Será algo sonado, no cabe la menor duda, pero...

Bevis se interrumpió de pronto. Un ruido extraño acababa de sonar en la estancia.

Daphne lanzó un grito de susto y se le abrazó estrechamente. El ruido se repitió.

Era como si los pies de una persona golpeasen las tablas de una puerta.

Sonaron más golpes. Luego se oyó un gruñido ahogado.

Bevis pensó una vez más en el fantasma del conde Arthur. De pronto vio que uno de los cajones se movía de una forma extraña.

—¡No hay fantasmas, rayos! —Gruñó, avanzando unos pasos.

En aquel momento se volcó el cajón con gran estruendo, dejando ver el cuerpo de una persona atada y amordazada, que se agitaba frenéticamente, tratando de liberarse de sus ataduras.

Bevis y Daphne dejaron escapar un doble grito de asombro.

¡Era el hombre de los lentes de oro!

CAPÍTULO XIV

Cuando le quitaron la mordaza, Félix Blossom soltó un torrente de palabras, con la velocidad de una ametralladora, por medio de las cuales expresaba la vivísima cólera que le poseía a causa del indigno trato a que había sido sometido.

—Vine a «Lannegar Castle» en cumplimiento de una misión de tipo legal, y me atrajeron con engaños hasta este maldito sótano. ¡Ahora mismo me iré y al diablo con el beneficiario de la herencia y todos sus condenados antepasados!

—Por favor, señor Blossom —dijo el joven, tratando de mostrarse conciliador—. No nos eche la culpa a nosotros; somos inocentes de lo que le ha sucedido. En todo caso, la señorita Mac Gyll, dueña de «Lannegar Castle», está dispuesta a ofrecerle todas las excusas que usted estime necesarias para borrar este penoso incidente.

Blossom miró a la joven a través de los cristales de sus lentes.

—Usted es la chica a quien vi yo ayer cerca de Lannegar Village —dijo.

—En efecto —admitió Daphne.

—Me ha costado bastante —manifestó Blossom, algo más calmado—. Mejor dicho, nos ha costado bastante a la firma de la cual soy miembro. Después de bastantes indagaciones, que nos han llevado años enteros, conseguimos enterarnos de que existe un tal Bevis Syler, profesor de la Universidad de Edimburgo, el cual es actualmente huésped de este castillo.

—Yo soy Bevis Syler —manifestó el joven, enormemente asombrado por las declaraciones de Blossom—. ¿Por qué me buscaban a mí?

—¿Está seguro de que puede demostrar su identidad? —preguntó Blossom.

—Aparte de mi documentación, de mis compañeros de

Universidad y de todas las pruebas que usted crea necesarias, está la señorita Mac Gyll —respondió Bevis, cuyo interés crecía a cada momento que transcurría.

—Él es el profesor Syler —declaró Daphne—. Estoy dispuesta a jurarlo donde sea, señor Blossom.

—Muy bien —contestó el hombrecillo—. Entonces, le diré, señor Syler, que ése no es su verdadero apellido. Usted se llama Squathmore y es heredero del título correspondiente y de una suma que se aproxima a las diez mil libras esterlinas. He aquí las razones por las cuales le buscábamos tan ahincadamente.

—¡Dios mío! —exclamó Daphne, aturdida—. ¿Cómo es posible? Blossom miró al joven.

—¿Su madre se llamaba Adela Syler?

—En efecto —respondió Bevis.

—Y murió hará unos veintinueve años.

—Así es.

—Su padre fue Bevis Squathmore. Por razones que entonces aún podían comprenderse, pero que hoy resultan ridículas y absurdas, no quiso que su hijo llevase, por el momento, su apellido. No obstante, dejó un testamento, en el cual le legaba todos sus bienes que le serían entregados al alcanzar los veinticinco años de edad. Francamente, el conde Squathmore no era un hombre lo que se llamaría rico, pero aun así, heredará usted, como digo, cerca de diez mil libras esterlinas, limpias ya de toda gabela. Aparte del título, claro está.

Bevis estaba estupefacto. Miró a la muchacha, sin acabar de salir de su desconcierto al enterarse de una noticia absolutamente inesperada.

—Traigo conmigo los documentos pertinentes —añadió Blossom—. Es decir, los traía, porque ignoro dónde pudo dejarlos se tipo llamado Oliver Mac Crobbbs cuando me tendió este lazo, aprovechándose de mi credulidad.

Bevis dejó escapar una repentina exclamación.

—¡Ahora comprendo por qué quería matarme Haroldvar!

—¿Cómo dice? —Respingó el notario.

—Habla, pronto —le apremió Daphne.

—Pero ¿no lo entiendes? Oliver se enteró de lo de la herencia. Si yo desaparecía, nadie podría reclamar esas diez mil libras. Pero si

vivo, sabe que te facilitaré la suma necesaria para que rescates la hipoteca que grava «Lannegar Castle». Y su orgullo y la pasión que siente hacia ti, no le permitirían jamás llegar al extremo de verse expulsado ignominiosamente del castillo..., suponiendo que no se hubiesen descubierto sus crímenes.

—Claro —dijo ella—. Es verdad. ¡Dios mío, qué miserable!

—Hace quinientos años, un Mac Crobbs fue la causa de que muriese mi antepasado —declaró Bevis—. La historia, en cierto modo, se repite.

—Se repetirá casi puntualmente —dijo una voz chillona en aquel instante.

—¡Cielos! —gimió Blossom.

Bevis y Daphne se volvieron al unísono. El joven atrajo a Daphne hacia sí, como queriendo protegerla de la amenaza que suponía la pistola que Mac Crobbs empuñaba firmemente.

—Oliver —recomendó el joven—, no empeore aún más su situación. Tire esa pistola.

—Mi situación no puede ser ya peor, así que deje de darme consejos —contestó cómicamente—. Usted y Blossom tienen que morir.

—¿Crees que yo callaré lo que he visto y oído? —protestó Daphne.

—Una esposa no puede declarar contra el marido.

—Antes es preciso que yo consienta en un matrimonio hacia el cual he sentido siempre una total aversión —dijo la muchacha, mucho más tranquila de lo que ella misma hubiera sido capaz de sospechar.

—Ya me preocuparé yo de que se lleve a cabo esa boda —dijo Oliver.

—Estás loco, loco de remate —le apostrofó Daphne—. Si piensas asesinar a Bevis, tendrás que matarme a mí también.

Y se abrazó al joven estrechamente, cubriéndole con su cuerpo de la amenaza de la pistola.

Blossom dio un salto lateral y se colocó detrás de la pareja, protegiéndose con sus cuerpos. Empezó a rogar por su salvación, murmurando una retahíla de frases sin sentido.

—No conseguirá escapar, Oliver —dijo Bevis serenamente, hablando por encima del hombro de la muchacha—. Son

demasiados crímenes cometidos por la ambición y la codicia. Le espera la horca por lo que ha hecho. ¿Piensa, acaso, que también Scramon callaría? ¿Y Mary, la doncella? ¿Y la cocinera? ¿Va a cometer seis muertes más por escapar a la acción de la Justicia?

Oliver titubeó un instante. Luego, de repente, blandió la pistola con expresión de odio.

—¡Apártate, Daphne! —aulló.

—¡No! —gritó la muchacha—. ¡Dispara, si te atreves, miserable!

—Oliver —dijo Bevis—, ¿cree que podrá disfrutar del oro?

El asesino respingó.

—¿Qué diablos sabe usted? —chilló.

—No mucho. Lo suficiente, sin embargo, para suponer que, por quedarse usted único dueño del oro que fundían aquí, fue asesinando a sus ayudantes. Todavía quedan huesos de Caine en el horno; los expertos sabrán identificar el cuerpo a que pertenecieron... Feary habló antes de morir. Usted pensó que le había matado, pero, cuando llégame aquí, aún había en su cuerpo un soplo de vida y declaró quién había sido su asesino. Puesto que Haroldvar se despenó, ahorrándole así una tarea que luego hubiese tenido que realizar, ¿qué más puede pedir, Oliver?

El asesino parecía paralizado por el asombro.

—Nada, excepto un par de esposas y un juicio por los crímenes cometidos —dijo en aquel instante una voz—. ¡Oliver Mac Crobbs, queda detenido en nombre de la Ley, y le prevengo que todo cuanto diga o declare a partir de este momento, podrá ser utilizado en contra suya!

Mac Crobbs lanzó un rugido de rabia. Bevis y Daphne contemplaron con asombro al entomólogo, en cuya mano brillaba el pavonado metal de una pistola automática.

Oliver se volvió, bramando de ira. Levantó el arma y apuntó a O'Paugh.

El policía lanzó un grito de advertencia:

—¡No sea loco, Mac Crobbs!

Pero el asesino ya no atendía a razones.

O'Paugh

tuvo que hacer fuego.

EL estampido sonó como un cañonazo bajo las bóvedas. Oliver se tambaleó un instante y acabó cayendo al suelo.

—¡Qué insigne idiota! —masculló

O'Paugh.

Se acercó al caído y le examinó unos momentos, en medio de un agobiante silencio. Luego se incorporó, limpiándose maquinalmente las rodilleras de los pantalones.

—Tal vez haya sido mejor así —dijo simplemente.

Bevis reaccionó.

—Pero ¿quién es usted, si puede saberse? —inquirió.

—Mi nombre ya lo conoce —contestó el pintoresco sujeto—. En cuanto a mi verdadera profesión es la de inspector del Departamento Especial de Scotland Yard. —Lanzó una rápida mirada hacia el caído—. Hace ya tiempo que les veníamos siguiendo los talones.

—¿Por qué? —preguntó Daphne, devorada por la curiosidad.

—Contrabando de oro —respondió

O'Paugh

—. Lo compraban a bajo precio, desmontaban las joyas, en su caso, a no ser que se tratase de auténticas antigüedades, y fundían el metal, convirtiéndolo en lingotes que luego salían ilegalmente del país. Un negocio lucrativo, a fe mía.

—Y ustedes habían llegado a la conclusión de que «Lannegar Castle» era el centro de semejantes actividades —manifestó Bevis.

—En efecto. Sólo nos faltaba el golpe final para poner término a los crímenes de esa cuadrilla. Ya se había producido más de un asesinato, y no aquí, precisamente. En fin —suspiró

O'Paugh

—, ahora lo que queda es sólo cuestión de papeleo. Ah —sonrió el fingido entomólogo—, escuché todo lo que se habló aquí, de modo que ustedes no tienen que temer nada. Ni usted tampoco, profesor; la muerte de Haroldvar fue un caso de legítima defensa, y así lo haré constar en mi informe.

Bevis aspiró una gran bocanada de aire. Empujó a la muchacha hacia la salida.

—Vamos, tengo que decirte una cosa que ignoras.

—¡Eh! —exclamó

O'Paugh,

de pronto—. ¿Qué le ocurre a ese tipo?

Los dos jóvenes volvieron la cabeza. Blossom estaba tendido en

el suelo.

—¡Se ha desmayado! —exclamó Bevis, conteniendo una sonrisa.

Pero el notario no tardó en recobrar el conocimiento y escapó a todo correr del subterráneo, apenas pudo mover las piernas.

—Vayan arriba —aconsejó el policía—. Yo me quedo aquí para practicar las últimas pesquisas.

EPÍLOGO

La última piedra cayó, atacada por la barra de hierro que Bevis había manejado con fuerza y habilidad.

Él y Daphne se hallaban en el último rellano de la escalera que conducía a la plataforma del torreón del lado norte. Una viejísima puerta de madera apareció entonces ante sus ojos.

Las tablas estaban semipodridas. Para Bevis resultó fácil terminar de destrozarlas y abrir así un paso a la habitación que durante quinientos años había permanecido en el secreto.

Cruzó el umbral. El interior de la estancia se hallaba sumido en una acentuada semipenumbra, no obstante lo cual, pudieron ver unos cuantos huesos que blanqueaban en un lado del siniestro calabozo.

Había también una cadena, oxidada y cubierta por completo de herrumbre. Silenciosamente, Daphne se apretujó contra el joven.

El techo de la habitación estaba a unos centímetros tan sólo sobre sus cabezas. Bevis comprendió así las diferencias de niveles.

—Éste es el cuarto que no figura en el plano que levantó Robur Mac Audley por orden del conde Arthur —murmuró el joven, sinceramente conmovido al contemplar los restos de su antepasado.

—Tendremos que darles cristiana sepultura —musitó ella. Hizo una pausa y añadió—: Creo que el mejor sitio es el sarcófago donde yace la momia del conde Arthur.

Bevis asintió con la cabeza.

—Es una buena idea —concordó.

—Suponiendo que tú, como último representante por ahora de los Squathmore, hayas perdonado la acción del conde Arthur —dijo Daphne.

—Desde luego. Eso no tendrías que dudarlo siquiera.

En aquel momento, un rayo de sol penetró a través del estrecho ventanuco, yendo a incidir directamente sobre la monda calavera

que yacía en el suelo.

Entonces se produjo un fenómeno sorprendente.

En pocos instantes, los huesos perdieron blancura. Con cierta rapidez, fueron oscureciéndose, con un color gris cada vez más acentuado, hasta que, de pronto, quedaron convertidos en pequeños montoncitos de polvo.

Daphne se abrazó estrechamente al joven. Bevis la oprimió contra su pecho con gesto lleno de cariño.

—Salgamos. Nuestra idea es irrealizable.

Un soplo de viento penetró por la puerta y dispersó las cenizas. Las partículas de polvo se agitaron durante unos momentos en el seno del chorro de rayos solares. Luego —¿verdad o alucinación?—, creyeron ver que aquellas partículas ascendían hacia el orificio, hasta desaparecer del todo.

Bevis y Daphne salieron de la estancia, hondamente conmovidos.

—Tapiaremos la entrada de nuevo —dijo él, sin encontrar ninguna oposición por parte de la mujer que pronto iba a ser su esposa.

Ella se agarró de pronto a sus solapas.

—Bevis —dijo con voz estremecida—, acompáñame a la cripta.

—¿Para qué? —preguntó él.

—Quiero ver una cosa... No hagas más preguntas, por favor.

—Muy bien, como quieras.

Descendieron a la cripta. Con resueltos ademanes.

Daphne hizo funcionar el mando que levantaba la tapa del sarcófago.

Luego, asiendo de la mano al joven, se asomó al interior del sepulcro.

Un grito de asombro se escapó al unísono de sus labios.

¡La momia del conde Arthur había desaparecido!

Sólo quedaba en su lugar un pequeño montoncito de cenizas grises y las partes metálicas de su indumentaria.

Todo lo demás se había convertido en polvo.

Callaron unos momentos. Luego, Bevis hizo que descendiera de nuevo la tapa del sarcófago.

—Ya no la abriremos jamás —prometió—. Haré desmontar el motor. El fantasma del conde Arthur tiene derecho a descansar para

siempre. Ha dejado ya de caminar.

Daphne asintió calladamente. Juntos, estrechamente unidos, emprendieron la ascensión.

Salieron fuera del castillo, al sol. Contemplaron el radiante panorama que se extendía ante sus ojos.

—Ahora nos toca caminar a nosotros, querida —dijo Bevis—. Unidos para siempre por el amor, los Squathmore y los Mac Gyll.

—Así será —prometió ella fervorosamente, apoyando la cabeza en el hombro del amado.

FIN



Carlson 82

EN LAS GARRAS DEL MIEDO

por Louis G. Milk

—¿Dónde está el señor N'Tambo?

Shrine lanzó un juramento. Girando hacia su izquierda, se abalanzó hacia una puerta, que encontró cerrada con llave.

—¿Por qué había de cerrarse ese estúpido? —masculló. Tomó impulso y cargó contra la puerta, haciendo saltar la cerradura.

Encendió la luz. Detrás de él, Martha Grover se cogió la cara con ambas manos y dejó escapar un chillido agudísimo.

Dunstall soltó una espantosa imprecación. A la vista de aquel horrible cuadro, Medora creyó desmayarse. Pudo resistir, pero el que no lo resistió fue el relamido Raphael Grissom, quien se desplomó rondando al suelo.

*Todos estaban allí prisioneros de algo sutil,
pero angustioso como la misma Muerte. To-
dos se hallaban indefensos*

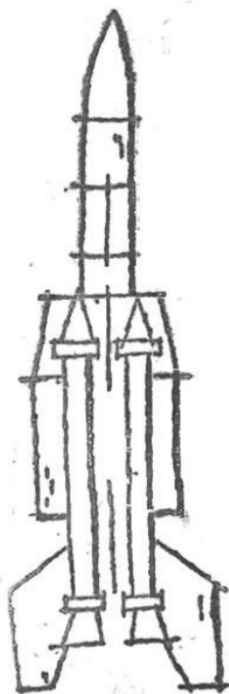
EN LAS GARRAS DEL MIEDO

*sensacional novela de LOUIS G. MILK que
aparecerá en el próximo número*

¡Sea el primero en leerla!

Los cohetes

WIM DANNAB



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

